

es no sólo una medida de escasez, o un arbitrio de cálculo, sino que al mismo tiempo es un aparato de control, tiene fuerza coactiva. Si las relaciones de precios se dieran de tal forma que los de los medios de producción empleados, fuesen superiores a los que alcancen los bienes que producen, la empresa productora iría a la ruina. Mediante el mecanismo de precios cada explotación individual es obligada a suministrar, puntualmente y de acuerdo con el principio de los costos marginales, los productos apropiados.

Los precios son, además, el medio de dar unidad al proceso económico. Ellos obligan a que todas las actividades económicas de la comunidad se realicen de acuerdo con la escasez relativa de los distintos bienes que indican. Por su medio los diversos planes económicos están engranados entre sí dando a la dirección del proceso total, la unidad que requiere:

No son fuerzas automáticas y anónimas las que mueven el mecanismo del mercado. Los únicos factores que lo dirigen y que determinan los precios, son los actos intencionados de los hombres. No hay automatismo: Hay hombres que tienden conscientemente hacia los fines que escogen, y que deliberadamente recurren a medios definidos para alcanzarlos. No existen fuerzas mecánicas misteriosas; sólo existe la voluntad de cada hombre tendiente a satisfacer su demanda de los distintos bienes. No hay anonimidad: existimos yo, tu, Juan y Pedro y los demás hombres. Y cada uno de nosotros está dedicado tanto a la producción como al consumo. Cada uno contribuye con su parte a la determinación de los precios (34).

Cada hombre contribuye a formar el sistema de racionalización del proceso productivo.

(34) von Mises, *El Socialismo*. p. 551.

Algunas Limitaciones al Régimen de Competencia

Sólo se van a considerar dos tipos de objeciones que se hacen al orden de competencia. Si dicho orden ha sido rápidamente visto, estas objeciones lo serán aún más.

Dentro del sistema general de la economía de tráfico caben una serie de formas "anómalas": monopolios totales o parciales, oligopolios, polipolios, etc., que se dice afectan el sistema de precios e impiden que la asignación de recursos sea la óptima. Esto es cierto si se establecen multitud de estas formas, pero no lo es si las unidades que con esa naturaleza aparecen, son pocas y no tienen mayor influencia.

Se verá el monopolio como caso particular de las interferencias que a la competencia se han apuntado. Las leyes que presiden la formación de los precios de monopolio no son diferentes a las que gobiernan la formación de los otros precios. El monopolista no tiene el poder de formar los precios a su gusto. Los oferentes encuentran en el mercado las reacciones de los consumidores, y los monopolistas, lo mismo que los otros vendedores, deben tomar en consideración la demanda más o menos grande con que se enfrentan. El único carácter particular de los monopolios es que el máximo de utilidad se obtiene normalmente con un volumen de producción inferior a aquel de coste marginal igual al precio de venta que se fije en el mercado. Este punto de producción, llamado de Cournot, hace que los precios sean más elevados que si hubiesen sido obtenidos en régimen de competencia, que la venta produzca un beneficio mayor, y que la cantidad vendida, y por lo tanto la consumida, sean menores.

El hecho de que la producción sea menor hace

que una parte del capital y el trabajo, que en régimen de competencia se hubiese dedicado a ese bien, quede libre con lo que se dirige a otras empresas. Pero aunque al disminuir la producción del bien monopolizado aumenta la de otros bienes, esto no compensa la pérdida sufrida con la disminución de la producción del bien monopolizado, pues los bienes que se producen en adición son menos importantes, y no se habrían producido ni empleado los factores en producirlos, si se hubiera podido satisfacer en toda su amplitud las necesidades más apremiantes del bien monopolizado. Esta es la gran desventaja del monopolio, que afecta en forma negativa la distribución de recursos.

Los monopolios generan concentraciones de poder económico, que pueden darle posibilidad al monopolista de ejercer una influencia preponderante en el orden económico, y la que puede a su vez traducirse en adquisición de poder político. Surge aquí una justificación a la intervención del Estado en la vida económica, para eliminar los obstáculos que se presentan al individuo y a la comunidad en el ejercicio del poder.

A pesar de lo expuesto, son muy contados los monopolios que por circunstancias especiales y causas naturales, pueden establecerse. En todos los casos en que no disponen de recursos naturales únicos, o de ubicaciones privilegiadas (la multiplicidad y adelanto de los medios de transporte cada vez las reducen más), los monopolios no surgen más que en los casos en que la creación de empresas competidoras no hubiese permitido esperar un rendimiento adecuado de los capitales invertidos, sean rendimientos suficientes para pagar su uso y cubrir el riesgo, o cuando protecciones o privilegios especialmente concedidos lo permiten. Pueden surgir algunos monopolios a causa del desarrollo tecnológico cuando un empresario es

el único que posee una técnica superior de producción, pero en forma alguna existe dentro de la economía de tráfico una tendencia general a la monopolización; y la velocidad misma del desarrollo tecnológico puede evitar la formación de monopolios originados en la innovación, ya que rápidamente hace desaparecer la situación de privilegio técnico.

La otra objeción a la economía competitiva que se comentará, es la realizada, entre otros, por Baumol (35) con base en las economías y "deseconomías" externas. Expone este autor que debido a ellas no hay una asignación óptima de factores en una economía de concurrencia, ya que los costes marginales privados no corresponden a los costes marginales sociales. Si hay economías externas, la firma produce una cantidad mayor que si no la hubiera, pues esa economía externa disminuye sus costos marginales haciéndoles menores que los sociales. Si hay "deseconomías" externas se produce una cantidad menor, pues los costos marginales serán por ellas mayores que los sociales. En uno y otro caso, dice Baumol, la asignación de recursos no será la óptima.

Las economías y las deseconomías externas son un dato. Ellas modifican la situación de los recursos y factores existentes. El que influyan en la producción es lógico, y de no tomarse en cuenta a través de su influencia en los costes privados, no se estaría haciendo el uso óptimo de los medios de producción disponibles en un momento dado. Tomarlos en cuenta en nada interfiere la asignación de recursos, contrariamente propicia que esta sea la mejor (36).

(35) W. J. Baumol óp. cit.

(36) Ver en relación con la tesis de Baumol, Howard Ellis, y William Faellner "Economías y deseconomías" en *Teoría de Precios* (Madrid: Aguilar, 1960).

CAPITULO TERCERO

Cálculo y eficiencia económica en el régimen socialista

Determinación del Consumo

El terreno de la economía es el de la acción racional; ella interviene toda vez que el hombre, ante la imposibilidad de satisfacer el total de sus necesidades, efectúa una elección. La economía es primero un juicio sobre los fines y, en seguida, sobre los medios de llegar a ellos. Por eso, al analizar la racionalidad del sistema socialista se debe empezar por estudiar cómo soluciona este problema de determinar sus metas.

Dos tipos extremos de solución se presentan: Los fines pueden ser escogidos por el ente rector del sistema o pueden determinarse tomando en consideración las preferencias de los consumidores.

De acuerdo con la primera solución no sólo el empleo de las fuerzas productivas, la estructura temporal de la producción, la técnica que se debe seguir y la localización de la producción son determinados por el plan del ente central, sino que la distribución de los bienes entre los miembros de la comunidad y su consumo son asimismo decididos por el planificador. Los consumidores y su jerarquía de necesidades en nada intervienen; no influyen sus posibles planes de consumo para decidir la producción que

se ha de realizar. En todo caso, si alguna influencia de los consumidores pudiese haber, sería la que pudieren ejercer a través de canales políticos, pero no mediante su actuación en el proceso económico.

En un sistema así estructurado se puede o no permitir la libertad de cambio entre los consumidores. Si se permite el intercambio, los consumidores pueden introducir correcciones en la distribución de los distintos artículos y obtener un resultado más satisfactorio de su actividad económica, ya que están en condiciones de permutar bienes con un menor valor de uso, por otros que para ellos tengan uno mayor. Cuando el cambio no es consentido, la dirección central "rige hasta en el último rincón y sobre todas las actividades humanas. La economía con dirección central *total* representa un caso límite. *Un solo plan económico es decisivo para todas las acciones económicas de la comunidad*" (37).

Buscar un medio para que las preferencias de los consumidores se manifiesten es el camino alternativo que se le presenta al sistema socialista. Ello se alcanzaría formando un mercado de bienes de consumo. Desentendiéndonos de las valoraciones y sistemas que decidan el modo de distribución que la comunidad adopte, el interés que esta solución ofrece radica en que los consumidores gozan de libertad de compra. No reciben los miembros de la comunidad, directamente del órgano central, los bienes de consumo; perciben salarios en forma de créditos generales sobre los bienes de consumo. Así los individuos compran lo que desean de acuerdo con la limitación de sus ingresos, y el planificador central puede observar cuáles son los bienes que con preferencia desean los consumidores. "En un Estado con dirección central y libre elección de consumo, los dis

(37) Eucken, *Cuestiones Fundamentales de la Economía Política*. p. 119.

tintos súbditos, en su calidad de demandantes, pueden hacer valer sus propios planes frente a la dirección central... "(38).

No implica lo anterior, sin embargo, la desaparición del plan único de dirección económica, y con ello del régimen socialista. Si el plan central toma en cuenta los de los consumidores, éstos influyen en el proceso económico por ser tomados por él en cuenta, pero no actúan independientemente. Se trata de una forma de economía de dirección central en la cual se toman en consideración, hasta cierto grado, los gustos de los ciudadanos a la hora de elaborar el plan central.

La diferencia entre el caso en que las preferencias del consumidor no son en absoluto tomadas en cuenta, y el caso en que los bienes de consumo son vendidos en el mercado, radica en que la distribución de los bienes de consumo ha sido transferida de la zona estatal a la zona de doble influencia, estatal y de los particulares... y permite el establecimiento de un mercado de consumo. En este mercado, se debe notar, que las preferencias de los consumidores (en forma estricta, sus demandas) influyen únicamente en los precios y en la distribución de los bienes. Las cantidades de cada bien no son afectadas, no lo son los factores empleados en su producción, no lo es la distribución de factores entre las distintas plantas productoras. Esta es una situación típica en las sociedades socialistas de nuestros días: el equilibrio entre oferta y demanda en el mercado de bienes de consumo se mantiene ajustando los precios, mientras las cantidades no son afectadas por la demanda, sino que son regidas por el plan central (39).

(38) Ibidem. p. 122.

(39) Jan Drownowski, "The Economic Theory of Socialism", *The Journal of Political Economy* LXIX (Chicago: The University of Chicago Press, 1961). p. 352.

En un régimen socialista con "libertad de consumo" se permite a los individuos disponer de su ingreso entre los artículos que el único productor ofrece. Sólo a esto se reduce la intervención de los planes de las unidades de consumo. Dados los gustos y los ingresos de los individuos, al enfrentarse con la producción del ente central, se establecen los precios de los diferentes artículos ofrecidos para el consumo. La cantidad de cada bien ofrecida, lo mismo que la forma de producción y la combinación de factores en cada caso usada, dependerán del plan central. La influencia de los consumidores se revelará, no en una mayor o menor producción de cada artículo, sino en un precio mayor o menor para esos artículos. Sólo influirán las preferencias individuales en las cantidades producidas, en el grado en que el órgano central esté dispuesto a incorporar a su plan las tendencias que el mercado indique. En general se puede decir que la libertad de los consumidores es la de luchar por los bienes que el Estado ofrece, haciendo que los precios se eleven o disminuyan de acuerdo con la mayor o menor intensidad de sus demandas. Si de un determinado artículo la oferta es reducida, su precio se elevará en forma que sólo lo consumirán los individuos que le atribuyen una mayor utilidad marginal, mientras los demás demandantes lo sustituirán por otros bienes. El mercado de consumo, solo viene a determinar la forma en que se han de repartir entre los distintos consumidores los bienes producidos, de acuerdo con el ingreso que el Estado a cada uno le haya asignado; y en consecuencia, la influencia del mercado se limitará a fijar los precios de los bienes de consumo de acuerdo con la producción que de ellos se haya realizado, y la importancia que para los hogares ellos tengan.

Como todos en la economía son consumidores, y como es principalmente en el consumo que un sistema económico afecta el bienestar de sus miembros, se justifica decir, como una aproximación, que la economía se conduce más eficientemente, satisfaciendo los deseos de sus miembros, cuando es enteramente dirigida por la demanda del consumidor (40) .

Como se vió en el Capítulo II, en la economía de competencia los consumidores tienen el papel supremo. El comprar o abstenerse de hacerlo determina, no sólo los precios de los artículos de consumo, sino que, al través de esos precios, también lo que los empresarios producen y la cantidad y calidad de esa producción. El mercado hace que los esfuerzos de todos los que se encuentran dedicados a satisfacer las necesidades de los consumidores marchen acordes con los deseos de ellos; supedita la producción al consumo. Por ello en el régimen de competencia tiene plena realidad la soberanía del consumidor, y se alcanza una mayor eficiencia en la satisfacción de las necesidades.

Varios autores niegan la existencia de la soberanía del consumidor en la economía de tráfico. Scitovsky, por ejemplo, considera que la producción en fábricas lleva a una uniformidad excesiva de los productos, lo cual hace menor el ámbito de escogimiento. Las economías de escala que surgen en la producción en masa, permiten a las fábricas ofrecer sus productos más baratos, y remunerar en un grado mayor a los factores que emplean. Esto hace disminuir los beneficios de las empresas pequeñas, impidiendo al mercado captar los deseos de las minorías. Los productores tratan de disminuir sus riesgos, por

(40) Baumol, *óp. cit.*, p. 84.

lo que sólo producen para las que creen ser preferencias de las mayorías. Así muy a menudo "... el consumidor está en la posición del votante que no tiene más que un candidato elegible, o muchos candidatos que persiguen el mismo fin" (41).

Ciertamente la industrialización provoca cierta uniformidad, pero la argumentación anterior no toma en cuenta que aquélla, al aumentar la productividad, aumenta el ingreso real. Al incrementar el ingreso, pueden los individuos demandar bienes que les satisfagan necesidades no esenciales, y ante este aumento de la demanda surgirán empresarios dedicados a producir para satisfacer los mil nuevos caprichos. Si sólo fuese un consumidor el que presentase la nueva demanda, no sería provechoso realizar esa producción; pero el aumento general del ingreso hace que sean muchos los individuos que ofrezcan mercado a las nuevas empresas... Además la creciente acumulación de capital hace que los empresarios busquen nuevos productos y variaciones de calidades en las cuales invertir, lo que amplía el ámbito de posibilidades de elección, aumentando los márgenes entre los que se ejerce la soberanía del consumidor.

Al adoptar la dirección central con libertad de consumo, muchos autores socialistas consideran que esto hace posible la convivencia de la planificación total y la soberanía del consumidor. Con ello pretenden que el sistema puede lograr una eficiencia óptima para satisfacer las necesidades de los distintos individuos. Pero en la economía centralizada los consumidores son enteramente destronados. Su actuación en el mercado de consumo, si existe una propiedad colectiva de los medios de producción, no

(41) Tibor Scitovsky, "On the Principle of Consumers Sovereignty" *American Economic Review* Vol. LII, N9 2, 1960. p. 267.

llega a determinar la cantidad de cada bien que se debe producir, ni la forma como se deben combinar los factores, ni las zonas productivas a las que se debe dirigir la inversión. En una economía centralizada la producción se rige por el plan único del Estado, y no por el criterio de lucro que en un mercado de competencia determina la producción. El mercado de consumo no puede establecer las cantidades de los distintos bienes que se han de producir, pues ello implicaría la desaparición del plan único, y cierta forma de dirección por parte de los planes individuales.

O la producción se planifica, aboliendo entonces la libertad de elección de los consumidores; o el consumo se deja libre, caso en el que la producción se debe acomodar a él... Lo que no es posible es permitir libertad de consumo y producir de acuerdo con un plan. Planificación y libertad de elección no pueden realizarse simultáneamente (42).

La soberanía del consumidor significa que la producción se debe realizar guiada por el sistema de precios. Si la producción se realiza por entero en esta forma, el plan central y único pierde su sentido, ya que serían los planes individuales los que determinarían los bienes a producir y las cantidades a invertir, quedando únicamente fuera del ámbito de la dirección de los consumidores la forma de realizar la producción que, como se verá, sería entonces dirigida sin posibilidad de cálculo económico.

Mientras estemos ante un régimen socialista, los planes y preferencias de los consumidores sólo po

(42) George Halm, "Further Considerations on the Possibility of Adequate Calculation in a Socialist Community", *Collectivist Economic Planning*, ps. 149, 150.

drán afectar el proceso económico en el tanto en que sean aceptados, por parte del planificador incorporándolos al plan central. No pueden los consumidores, como lo hacen en concurrencia, determinar, al través del sistema de precios, la clase y volumen de la producción y la dirección de la inversión. Los directores de la economía socialista pueden tomar en cuenta los deseos de los consumidores, pero no tienen por qué hacerlo así.

Pueden también modificar la demanda. Entonces las necesidades se rigen por la producción. La administración central ha eliminado el control por los consumidores. Todo el poder económico se concentra en ella. Por lo tanto, no está sometida a ningún mecanismo de control. Quizá se quiere ver aquí una falla de la economía centralizada. Efectivamente es una falla si se considera como fin de la producción el lograr un máximo en la cobertura de necesidades (43).

La Producción en la Economía de Dirección Central

Resuelto el problema de determinar los fines de la comunidad, se encuentra la planificación central enfrentada a la elección de los medios a emplear para alcanzar sus metas. No se trata ahora de saber si se deben producir cañones o vestidos, casas o iglesias, objetos de lujo o alimentos. La organización socialista puede muy fácilmente, en concordancia con los deseos de sus dirigentes, decidir sobre la clase y cantidad de bienes que deben producirse. Pero una vez tomada esa decisión es preciso establecer, con la mayor exactitud, la manera cómo se han de emplear los medios con que se cuenta para realizar la producción más racional.

(43) Eucken, *Fundamentos de Política Económica*. ps. 115116.

El sistema necesariamente debe enfrentarse al problema de distribuir los distintos factores, trabajo en todas sus formas y calidades, maquinarias y herramientas, tierras y demás recursos, de manera que pueda cumplir sus metas con la mayor eficiencia y provecho. Para lograr este objetivo, una sociedad de cambio, requiere recurrir a algún instrumento que le permita realizar un cálculo económico.

Tratemos de imaginarnos la comunidad socialista. En ella existen centenares y millares de establecimientos en donde se trabaja. La menor parte de ellos estarán dedicados a la fabricación de productos acabados, la gran mayoría a la fabricación de medios de producción y de productos semielaborados. Todos estos trabajos están en relación unos con otros. Antes de madurar para el consumo cada bien debe seguir toda la serie de establecimientos, aunque en la actividad incesante de este proceso la dirección de la economía no posee medio alguno para orientarse. No se puede dar cuenta de si tal pieza que se encuentra en el momento de recorrer dicha serie no se ha detenido inútilmente en tal o cual lugar o de si su terminación no acarreará un gasto supérfluo de trabajo o de material. ¿Cómo podría saber si tal o cual método de producción es verdaderamente el más ventajoso? Es cuando mucho capaz de comparar la calidad y la cantidad del resultado final de la producción lista para su consumo, pero no estará en posibilidad, sino en casos excepcionales, de comparar los gastos que se necesitan para la producción. Conoce exactamente los fines que se propone, o cree al menos conocerlos y debe obrar consecuentemente, es decir, que debe esforzarse por alcanzar los fines que se ha propuesto con el mínimo de gastos. Para hallar la vía más económica necesita hacer cuentas. Su cálculo no puede ser, naturalmente, más que un cálculo de valor (44)

(44) von Mises, *El Socialismo*. p. 112.

La complejidad del proceso económico en la economía de cambio, hace indispensable un medio de análisis que permita establecer la forma más económica de obtener los fines propuestos. El sistema socialista no deja de requerir de un medio de cálculo económico, de un sistema de precios, si pretende actuar racionalmente y producir el mayor número de bienes y servicios con los recursos de que dispone.

Tomemos por ejemplo la construcción de una nueva vía férrea. ¿Se debe construir, y en caso afirmativo cuál trazo, de entre todos los posibles, debe escogerse? En la economía comercial y monetaria puede hacerse el cálculo en dinero. La nueva línea abatirá los precios del transporte *de* ciertas mercancías, y es posible calcular si el ahorro que así se realice representa mayor importancia que los gastos que exigirían la construcción y explotación de ella. Este cálculo sólo puede efectuarse en dinero. No se podría llevar a cabo mediante la confrontación de los diversos gastos y economías en especie, cuando no se dispone de medio alguno para reducir a común denominador el valor de horas de trabajo, del hierro, del carbón, del material de construcción de toda clase, de las máquinas y de las otras cosas necesarias para la construcción y explotación de un ferrocarril (45).

Si la dirección central quiere tomar el lugar de la iniciativa del gerente de la empresa privada y pretende no ser una simple limitación irracional a su discreción, no es suficiente que permanezca en la esfera de la dirección general, sino que tendrá que incluir y tomar muy en cuenta los más mínimos detalles. El ahorro de un material en vez de otro, el momento oportuno de cambiar las máquinas, son economías que corrientemente deciden el éxito o

(45) *Ibidem.* p. 113.

fracaso de una empresa. Cualquier plan central que espere no provocar el desperdicio, debe tomarlos en cuenta, lo cual hace aún más patente la necesidad de un medio de cálculo para arribar con éxito a las metas propuestas.

En cualquier sistema económico es necesario buscar el equilibrio de las distintas variables (46). Cualquier régimen que pretenda actuar según el principio económico, para lograr sus fines con el menor esfuerzo, tiene, necesariamente, que tender al equilibrio. Los medios de producción son dirigidos de una manera correcta sólo cuando es posible tener en cada lugar, y puntualmente, las cantidades de factores requeridos. Como todas las fuerzas de trabajo y medios de producción son complementarios entre sí, esta labor obliga a distribuir en forma exacta todos los factores entre sus diversos usos. El equilibrio siempre es necesario para el sistema, esté en una situación de bonanza o en una crisis.

-
- (46) Se da el equilibrio cuando "en un período existe plena coincidencia entre los planes económicos individuales, de tal modo que ningún sujeto económico tendrá motivo al final del período, si el sistema de datos no ha variado, para revisar su plan económico y modificar sus decisiones... Cada sujeto ve cumplidas sus expectativas y, por tanto, no sufre ninguna sorpresa. *Existe entonces una adaptación total al sistema de datos existente...* El concepto de equilibrio es tan antiguo como la teoría económica., no hay ningún orden económico en el que no haya motivos para ocuparse del problema del equilibrio, porque en todo orden económico existe el problema de la armonización recíproca de los planes económicos. Tanto en la economía con dirección central como en la economía de cambio los planes económicos parciales deben armonizarse entre sí. Pero *la armonización recíproca de planes económicos no es otra cosa que un intento de obtención del equilibrio económico*". Erich Schneider, *Teoría Económica* (Madrid: Aguilar, 1960). Tomo 1 ps. 329333.

Si el equilibrio fuese subsidiario, sería lo mismo que si el individuo que necesita urgentemente material calefactor para su habitación, reciba un par de zapatos, aún cuando posea suficiente cantidad de ellos. Precisamente la necesidad obliga a los hombres a distribuir su ingreso, sus fuerzas de trabajo y sus medios de producción en proporciones correctas, es decir, en equilibrio. Sólo así podrá alcanzarse la máxima satisfacción de las necesidades (47).

No se puede tender al equilibrio si no se cuenta con un medio de distribuir en forma armoniosa las fuerzas productivas. El valor de los mismos factores difiere fundamentalmente según la forma como se utilicen dentro del plan económico; la misma cantidad de trabajo puede producir diferente rendimiento según que se le aproveche o no en el lugar apropiado, es decir, donde la necesidad de él sea más imperiosa. Sólo con un medio de cálculo económico puede la sociedad asignar sus recursos a las funciones más valiosas.

La propiedad de los medios de producción, en la comunidad socialista, es atributo del Estado. Sólo él puede disponer y decidir sobre su empleo en la producción.

En relación con los bienes de consumo, la economía de dirección central puede permitir que se establezca un mercado, y que de las valoraciones individuales surja, para esos artículos, un sistema de precios. Pero para los bienes de producción el cambio desaparece: son propiedad del Estado, y sobre su empleo sólo el Estado puede disponer.

No puede, pues, existir un mercado para los factores de producción.

(47) Eucken, *Fundamentos de Política Económica*, ps. 176177.

"La economía centralizada no se basa en el cambio sino en las asignaciones" (48). La no existencia de cambio para los medios de producción, que desaparece con su propiedad colectiva, hace que no se determinen sus precios según las necesidades que haya y el fruto que puedan rendir los recursos en los distintos usos. Al desaparecer el sistema de precios para los medios de producción, la posibilidad del cálculo económico también desaparece. La economía socialista actúa en las tinieblas de la incertidumbre.

Ante la inexistencia de precios para los factores de producción se hace imposible que los procesos de producción, es decir la aplicación de todas las fuerzas de trabajo y medios de producción, se puedan establecer en forma tal que complementándose adecuadamente entre sí, sirvan en forma óptima las necesidades del plan. La economía centralizada no posee medio alguno para establecer esa proporción de complementaridad. Al faltarle el sistema de precios, le falta una mecánica de dirección que ponga en marcha una producción equilibrada.

Un mercado de bienes de consumo puede poner en conocimiento de la dirección socialista los precios de los artículos terminados. Pero este conocimiento no es suficiente para elaborar un plan económico racional. Para hacerlo es necesario comparar los precios probables de los artículos con sus costes de producción. Pero ¿cómo se van a conocer los costos si se ignoran los precios de los medios de producción?

Los precios que hacen posible el cálculo económico en el sistema de competencia no son arbitrarios. Como se ha visto, corresponden a relaciones existentes de escasez, por lo que permiten asignar los recursos de la comunidad en la mejor forma posible, de acuerdo con su productividad y las necesidades a

(48) *Ibidem*, p. 137.

satisfacer. Sin un mecanismo de mercado que fije los precios de las distintas máquinas, de los diferentes productos intermedios, de las diversas clases de trabajo, se ignoran los costos de producción y el cálculo económico se hace imposible.

En la economía de concurrencia se concede a cada quien el ingreso correspondiente al valor de su contribución al proceso productivo. Cada servicio que se presta se ve remunerado de acuerdo con su valor. Este es precisamente el sistema que el socialismo piensa subvertir, para sustituirlo por otro en que el ingreso de los individuos no dependa de su aporte a la producción. El valor de las distintas clases de trabajo estará indeterminado. Al distribuir no contará con la guía que el sistema de precios ofrece, y el desperdicio sustituirá a la eficiencia en el aprovechamiento del esfuerzo humano.

La distribución se independiza de la producción en la economía socialista, pero siempre es necesario antes de distribuir, producir. El proceso económico es continuo y multifacético. En cada instante, en forma simultánea, se realizan operaciones distintas e interdependientes. Aunque el socialismo las separe, la producción y la distribución deben efectuarse en forma constantemente simultánea; para distribuir es necesario evaluar la producción que se realiza. Si así no se hace, el consumo puede superar al producto, aun cuando un proceso de "desinversión" no entre en los planes del ente rector del sistema.

Para la fabricación de bienes se requieren materias primas; en el curso de la fabricación se consumen combustibles y otros elementos, y las máquinas y herramientas se destruyen total o parcialmente. El ganado que se cría consume forraje. Para calcular su ingreso neto, la sociedad socialista, tendrá, por lo tanto, que sustraer todo ello de su producto bruto. Pero de hilos y tejidos no pode-

mos sustraer algodón, carbón y depreciación de máquinas; no podemos restar forraje de animales. Sólo podemos restar el valor de una cosa del de otra. Por ello sin estimación o evaluación el Estado socialista es incapaz de decidir cuál es el ingreso neto distribuible (49).

Mientras se realizan las distintas obras, mientras se fabrican los lápices y los ferrocarriles, los trabajadores tienen que vivir. De las tiendas estatales reciben bienes para su sustento. Pero ¿habrán recibido demasiado? ¿Habrán, al menos, producido tanto como han consumido? En caso contrario la comunidad se ha empobrecido. Para resolver estos problemas es preciso evaluar los distintos bienes, pero no se cuenta con un mercado que brinde tales valoraciones.

La socialización de los medios de producción hace imposible distribuirlos de manera que el beneficio que se obtenga sea, o tienda a ser, el mayor. Sin un sistema de precios para las fuerzas productivas el resultado del proceso económico depende enteramente de la arbitrariedad, y no se cuenta con elementos de juicio suficientes para estimar el resultado, ni con anterioridad ni con posterioridad al proceso. La ausencia del cálculo económico hace depender enteramente del azar, en un juego en el que las posibilidades de éxito son mínimas, el logro de una asignación óptima de recursos entre las distintas empresas de la comunidad. La probabilidad de acertar es ínfima, ya que son innumerables las distintas combinaciones de recursos, y uno sólo el caso favorable. Para obtener un medio de contabilización el socialismo fijará precios arbitrarios a sus factores de

(49) N. G. Pierson, "The Problem of Value in the Socialist Community". *Collectivist Economic Planning*. p. 70.

raciones, si es que alguna se establece, son de tipo global. En ellas los costos y valores sólo pueden ser calculados "grosso modo" y en grandes cifras. Sería una ilusión vana el imaginar que el cálculo "in natura" puede sustituir al cálculo monetario. Aun cuando no exista el cambio, el individuo sólo puede realizar el cálculo en especie para los bienes de consumo, ya que para efectuar cálculo con relación a los instrumentos de producción, debe relacionarlos con los bienes que le producirán. Respecto a los bienes de orden superior es totalmente impotente el cálculo en especie.

El intento de dirigir la economía con estadísticas de cantidades conduce al absurdo, en cualquier orden económico. Las cantidades por sí solas no permiten nunca conocer hasta qué punto se ha superado la escasez. Ello es misión de la dirección económica. Se debe averiguar la importancia que reporta para la satisfacción de las necesidades cada hora de trabajo, y la aplicación de cada medio de producción y cada bien de consumo en las numerosas aplicaciones posibles. Este es el sentido del cálculo económico, que una estadística de cantidades no puede determinar. Tampoco es posible utilizar este proyecto, es decir, el cálculo en cantidades; hay que seguir con las valoraciones globales, que no pueden crear ningún equilibrio. En ningún experimento, desde el ruso hasta el inglés o el holandés, se ha conseguido salir de este tosco método de dirección del proceso económico. Y esto es así porque es imposible, a no ser que se abandone la dirección centralizada (52).

La planificación necesita de la estadística pero, por eficaz que supongamos a este método científico no se debe olvidar que sólo indica el pasado, y

(52) Eucken, *Fundamentos de Política Económica*. ps. 180-181.

planear es organizar activamente el futuro. Tan pronto como se abandona el instrumento de un precio libremente establecido para los factores de la producción, la dirección racional se hace imposible. Cada paso que nos aleja de la interacción de los planes económicos individuales y del uso de la moneda, también nos separa de la producción racional. Las valoraciones globales y los cálculos de cantidades, que no pueden corregirse por el hecho de insertar un mecanismo arbitrario de precios, no logran establecer una coordinación equilibrada para los procesos de producción.

... el método de control por la asignación cuantitativa de recursos, aparte del costo real del sistema burocrático de control, es de difícil manejo, ineficiente y derrochador en comparación con el sistema de precios. Tómese por ejemplo el problema, aparentemente sencillo, de resolver si se debe sustituir la madera por acero en determinados usos en las construcciones. ¿Es económico hacerlo? ¿Qué elementos deben los planificadores tomar en cuenta? Primero se deben considerar las posibilidades técnicas de la sustitución. ¿Cuánto acero se requiere para reemplazar un monto dado de madera, y cuál será el efecto en la calidad del edificio? Si la sustitución se hace surge el interrogante de cuál ha de ser el origen del acero. ¿Debe destinarse menos acero a la producción de coches? Si así se hace: ¿Puede usarse menos acero por automóvil, y afectará esto su calidad? ¿Y qué materiales supletorios serán entonces necesarios para la industria automovilística? *y*, ¿De dónde han de proceder? ¿O debe más bien disminuirse la producción de coches? En este caso, ¿Cómo afectará esto el comercio exterior? O, ¿en vez de los automóviles debe ser afectada alguna planta industrial determinada, o la producción de locomotoras, o uno o más de los otros miles de productos de acero? *y* si es así ¿cuáles, y en qué magnitud, y con cuáles consecuencias?

Por otra parte, ¿cuál ha de ser el destino de la madera ahorrada? ¿Debe ser usada para durmientes de ferrocarril o para cajas de embalaje? ¿O puede reemplazar el uso de algún otro material en alguna otra industria? ...

Talvez, después de todo, sería mejor producir más acero. Si así se resuelve, ¿qué se debe dejar de producir para obtener el trabajo adicional? ¿Y el carbón necesario? ¿Y los ladrillos? Se puede recorrer una larga lista, pero esto lo único que consigue es desplazar el problema del acero a otros bienes.

O quizá uno podría importar menos madera y más acero. Aquí somos capaces de obtener una respuesta inequívoca, porque podríamos juzgar si la disminución en la compra de maderas nos ahorraría más dólares que los gastados en la compra incrementada de acero. ¡Al fin las bases firmes del sistema de precios! ...

El milagro del mecanismo de precios contestará simultáneamente todas estas preguntas, tomando en cuenta todas las consideraciones de importancia, sin una burocracia central tratando de resolver, sin los conocimientos necesarios, los miles de ecuaciones simultáneamente involucrados (53).

Para dar solución racional a los innumerables problemas que en una economía de cambio se le presentan, la dirección económica debe actuar con base en los siguientes criterios:

- a) Valoración para cantidades aisladas y nunca en forma global;
- b) Aplicación estricta de la igualdad de costos marginales y precio;

(53) James Edward Meade, *Planning and the Price Mechanism* (London: Allen & Unwin, 1953). ps. 7-8-9.

- c) Coherencia y unidad en el sistema de dirección; y
- d) Precios de escasez como base de la dirección.

El orden de dirección central no puede cumplir con ellos. Sin la base de cálculo que el mundo capitalista pone a disposición de los países comunistas al través de los precios del mercado mundial, una dirección racional de la economía socialista sería impracticable.

El Orden de Dirección Central con "Propiedad" Privada de los Medios de Producción

La economía centralizada puede aparecer tras la careta de la "propiedad" privada de los medios de producción, cuando las órdenes estatales son las que dirigen el proceso económico.

La política de dirección central del proceso económico es la contrapartida a la política liberal, ya que en ella el orden y el proceso económicos son determinados por el Estado. Puede hacer su aparición mediante la socialización de las fuerzas productivas, o al través de otros métodos que le permitan llevar las riendas de la actividad económica. Así puede aparecer aun cuando exteriormente adopte la forma de una economía de tráfico.

La economía de dirección central no se debe confundir con la propiedad colectiva. Claro que esta economía puede ir unida a la propiedad colectiva, como generalmente ocurre, pero esta unión no es necesaria. En la Alemania nazi existía la propiedad privada de los medios de producción; las empresas agrícolas y la industria pertenecían en su gran mayoría a personas privadas. Desde este punto de vista existen dos tipos de órdenes económicos de dirección

central, uno con propiedad colectiva y otro con propiedad privada de los medios de producción.

En el segundo tipo se conserva, aunque sólo en apariencia y de nombre, la propiedad privada de los factores, la intervención de los empresarios y el intercambio en los mercados. Pero los planes de las distintas empresas y economías domésticas no son establecidas autónomamente, no se coordinan entre sí mediante los precios, sino que las autoridades centrales deciden qué, cuánto, cómo y dónde ha de producirse, y de qué manera ha de tener lugar la distribución del producto. Los rectores de la economía se sirven de confiscaciones, autorizaciones, asignaciones de los medios de producción, distribución de los bienes de consumo y del trabajo obligatorio, para establecer la dirección centralizada.

La planificación en la Alemania nazista establecía cuatro etapas: reunión de los datos estadísticos pertinentes, formulación del plan de necesidades según las decisiones de las autoridades supremas y los pedidos de los distintos departamentos (que se dividían por grupos de actividades), determinación de las órdenes de producción para las distintas empresas y, finalmente, control del plan. El planteamiento se realizaba según valoraciones globales y no se tomaba en cuenta el cálculo de los costes marginales, que no se podía llevar a cabo. Debido a la dirección central, el cálculo económico no tenía fuerza obligatoria, sino que la fuerza coactiva radicaba en las órdenes arbitrarias del poder político.

Los empresarios, en este régimen, podían comprar y vender, pagar a sus trabajadores, contraer deudas y cubrir intereses y amortizaciones, pero ya no eran empresarios.

Se les llamaba directores de taller o "betriebsführer". El gobierno decreta los salarios que han de recibir los tra

bajadores y a quién deben confiar los capitalistas sus fondos y en qué condiciones. El intercambio en el mercado se convierte en un mero simulacro. Como todos los precios, salarios y tasas de interés los fija la autoridad, son precios, salarios y tipos de interés sólo en apariencia, y en realidad representan sólo los términos cuantitativos de las órdenes autoritarias que determinan el ingreso de cada ciudadano, su consumo y su nivel de vida. La producción la dirige la autoridad, no los consumidores (54).

Y esa producción es dirigida con la misma carencia de racionalidad que cuando existe la propiedad colectiva de los medios de producción. Aquí, igual que allá, no se pueden dar las condiciones necesarias para dirigir racionalmente el proceso de acuerdo con el cálculo económico.

En realidad, con propiedad colectiva de los factores o sin ella, la situación es la misma cuando la dirección de la producción pasa al Estado. El propietario de los medios de producción sólo es un funcionario, un empleado de la dirección económica.

El Socialismo y la Economía Internacional

Si las tendencias históricas marchan hacia una interrelación cada vez más intensa de todas las zonas geográficas, los adelantos científicos hacen imperiosa la interdependencia nacional. La división del trabajo es causa principal del incremento de la productividad: la humanidad requiere de ella en el campo internacional, como soporte a su marcha progresista. Es, en consecuencia, de suma importancia analizar los efectos que en el comercio internacional puede tener la existencia de órdenes nacionales de

(54) von Mises, *El Socialismo*. p. 541.

dirección central, y la tendencia de esos órdenes en el plano mundial.

La socialización del proceso económico implica la dirección del comercio exterior por el plan central. Si así no fuera, las órdenes del planificador podrían ser fácilmente desobedecidas, y la dirección del proceso no sólo sería irracional sino imposible. Como más adelante se verá, la dirección parcial lleva indefectiblemente a la total, si es que se quiere al menos alcanzar alguna meta en particular.

Un país con dirección centralizada del comercio exterior no es capaz de seleccionar los bienes a importar y a exportar en las cantidades y calidades que sean más convenientes para la comunidad. No poseyendo un instrumento de cálculo económico, las autoridades encargadas del plan no sabrán si es o no conveniente, para alcanzar del modo más económico los fines del plan, realizar ésta o aquella importación, y compensarla con exportaciones de artículos de una u otra clase. En una economía socialista la cantidad de los productos exportados o importados no depende de cálculos exactos, ya que no se cuenta con datos ciertos sobre los costes de producción. Es imposible conocer las operaciones más convenientes para la realización racional del plan, porque las oficinas centrales son incapaces de llevar a cabo cálculos de las productividades marginales de los distintos bienes. Si existieran precios en la comunidad socialista, no señalarían la escasez de los bienes, y en consecuencia no podrían ser base de cálculo para el comercio internacional.

Los precios de los bienes en los distintos países, y el tipo de cambio que entre ellos exista, deciden los artículos que se comercian, las cantidades que se intercambian y el destino de la inversión internacional, en una economía de tráfico, pero la economía

socialista no cuenta con tales guías para su actividad económica internacional.

Cuando se realiza el comercio entre una economía centralizada y una competitiva, el desequilibrio interno de la comunidad socialista se introduce en la de concurrencia, ya que el intercambio se puede realizar a precios que serían imposibles con un cálculo económico racional. La oferta de los países socialistas, con base en precios arbitrarios puede ocasionar desequilibrios en los mercados competitivos. La sociedad con economía libre de mercado puede verse a corto plazo favorecida con precios inferiores para los artículos que importa, por lo que destinará recursos a usos que en otras circunstancias serían imposibles. De inmediato la situación es ventajosa para la economía de tráfico, pero en el plano mundial los recursos estarían mal asignados, los beneficios de los miembros de la comunidad libre serían menores a los perjuicios que en conjunto sufriría la humanidad.

Si el comercio se realiza entre economías socialistas la situación es aún peor, pues no se cuenta con la ayuda del sistema de precios de la economía de tráfico. En tal situación, la ausencia de una escala universal de cálculo hace necesario comprar donde se vende y vender donde se compre, en lugar de comprar donde los precios sean más bajos y vender donde sean más altos. Se puede asemejar esto al trueque entre dos hogares, pero hay una diferencia fundamental. Cuando dos hogares intercambian, sin sistema de precios, cada uno conoce exactamente la importancia que tienen los bienes cambiados; pero dos países socialistas no saben cuál es el valor de los bienes importados y exportados, realizándose a ciegas el intercambio.

El establecimiento de comunidades socialistas es

pernicioso para la división internacional del trabajo, y en consecuencia para la productividad mundial.

Una comunidad socialista no puede poseer medios de producción que se encuentran fuera de sus fronteras. Tampoco puede hacer inversiones de capital en el extranjero para obtener el más alto rendimiento posible. Una Europa socialista, por ejemplo, asistiría impotente al hecho que sigue : una India socialista explotaría deficientemente las riquezas de su suelo, de manera que aportaría menos bienes al mercado mundial que si estuviese regida por una economía más racional ... Como consecuencia los europeos tendrían que hacer en Europa nuevas inversiones de capital, en condiciones menos ventajosas, mientras en la India las condiciones más ventajosas de producción no podrían ser explotadas por falta de capital (55).

Es evidentemente insensata la idea de una serie de comunidades socialistas independientes, unidas únicamente por el intercambio de bienes. Las comunidades socialistas, que racionalmente no pueden ligarse por la cooperación, tenderán a unirse mediante la subordinación, observándose también en lo económico la tendencia ecuménica de la sociedad socialista. Si los Estados socialistas quisieran llevar a cabo sus planes en forma interrelacionada y no en modo autárquico y nacionalista, se observaría que es imposible equilibrar las inversiones en las distintas regiones, mientras cada país valore en forma central y global, y no exista una escala de cálculo unitaria en el campo internacional. Esta situación se tratará de solventar confeccionando un sólo plan económico mundial, sea, estableciendo la comunidad socialista universal unitaria. Desafortunadamente para tal orden, no existirían sistemas de precios de

(55) von Mises, *El Socialismo*. ps. 234-5.

economías de tráfico con qué comparar, y el resultado sería caótico.

El hecho de que la política de dirección centralizada sea inadecuada para el ordenamiento de la economía mundial tiene un significado extraordinario. Esta política entra aquí en conflicto con una poderosa tendencia histórica. El desarrollo de la técnica une a los países entre sí. Cuando, por lo tanto, una clase de orden económico —el de la economía centralizada— no ofrece ningún sistema de dirección que sea conforme a las exigencias de la división internacional del trabajo, resulta inadecuado para satisfacer las necesidades del mundo industrializado moderno (56).

La Dinámica de la Economía Socialista

La dirección del proceso económico se torna tanto más complicada cuanto más cambiantes sean los datos que lo enmarcan. La mayoría de las necesidades que tienen un carácter dinámico, y múltiples otras influencias, mantienen a la economía en un movimiento constante. En este sentido podemos decir: "Economía es Adaptación".

El marco de la actividad económica lo forman elementos eminentemente variables. Tenemos en primer lugar los cambios que se producen en la naturaleza circundante, no sólo los que se realizan en las circunstancias climáticas y demás del mismo género, sino los que determinan las transformaciones que produce la acción del hombre en la naturaleza. Siguen a continuación las modificaciones en el número y composición de la población, en la importancia y elementos del capital, en la técnica de producción, en la organización del trabajo y finalmente en las necesidades de los individuos. Para enfrentarse a

(56) Eucken, *Fundamentos de Política Económica*. p. 173.

estas transformaciones cuenta la dirección económica entre otros elementos con el proceso de inversión. Así como van cambiando los datos debe cambiar la aplicación de los medios económicos, si se quieren obtener los objetivos propuestos.

Si el Estado Socialista quiere ser socialista no puede abandonar la facultad de disponer de capital. Debe dirigir la inversión, y con ello la creación, el crecimiento o la desaparición de las empresas. Aún los autores que, como Schumpeter tratan de resolver el problema del cálculo económico en el orden de dirección centralizada mediante la inserción de instrumentos que determinen los precios (57), reconocen la imposibilidad de dejar la tarea de fijar la inversión a cargo del mercado, en un régimen socialista. Apunta el citado economista, que el voto que recae por parte de la dirección "sobre las partidas de inversión—al menos sobre su cuantía—supondría una decisión efectiva y estaría en pie de igualdad con el gasto militar" (58).

En la economía de mercado los beneficios juegan un papel muy importante como guía de las inversiones. A ellos se debe la posibilidad de llegar a un equilibrio. Para resolver los problemas en un mundo que se transforma es preciso hacer afluir capital a determinadas empresas y actividades, dándoles prioridad sobre otras. Esta guía la brindan los beneficios. La ausencia de cálculo económico en una economía sujeta a cambios hace imposible que a ellos se adapte en forma racional el proceso económico.

Como se ha visto, en la economía socialista los consumidores son destronados. No dirigen el proceso económico. No deciden el volumen ni el destino de la inversión. La Administración Central dirige las

(57) Con relación al planteamiento, de Schumpeter véase Capitulo V.

(58) Schumpeter. óp. cit. p. 246.

fuerzas productivas en las industrias de bienes de capital. Sus súbditos no obstaculizan la labor, ya que el sistema socialista realiza algo que es imposible en cualquier economía de mercado: eliminar la influencia de los consumidores sobre las inversiones.

El curso de la producción no es determinado por los principios éticos que lleven a la autoridad política a decidir la forma de distribución. Es de los planes de inversión, de la acumulación de capital y de la composición de la actividad productora de los que depende el volumen del abastecimiento de bienes de consumo y su distribución. La producción que se alcance en el presente, y la que se pueda obtener en el futuro, resultan de la magnitud de la inversión que se realice, de su composición y uso.

No faltan quienes afirman que, para un proceso de industrialización no es decisivo el equilibrio del sistema económico, sino que lo que importa es la dinámica del mismo. Para asegurar lo anterior se requiere desconocer del todo lo que se entiende por equilibrio. Precisamente quien quiera rápidamente impulsar el desarrollo debe preocuparse de mantener en equilibrio las inversiones y la producción en curso, pues de poco sirven las autopistas si no se dispone de combustibles.

La producción y sus procedimientos están en perpetuo cambio. Las instalaciones fuera de servicio se deben reemplazar, los productos intermedios requieren reelaboración, ciertas ramas de producción deben ser restringidas, otras aumentadas, hay fábricas que cerrar y fábricas que abrir. Todo ello se realiza mediante una apropiada distribución de capitales que es imposible de efectuar sin cálculo económico. La calidad económica de la inversión, es decir la magnitud de su valor, depende de la armonía que en su composición guarde. La administra

ción central que no puede realizar una inversión equilibrada desperdicia la que efectúa.

El desequilibrio en la inversión puede provocar, por ejemplo, que un aumento en la producción de carbón sea de un valor muy limitado porque falten bienes complementarios para hacer buen uso de él. Es muy probable que cualquier incremento de determinadas inversiones se encuentre acompañado de desproporción en los aumentos que deban ser realizados en las ramas complementarias, para aprovechar esa inversión. Estos desequilibrios se manifiestan en las distintas unidades de producción por la carencia de piezas de repuesto, de medios de transporte, de equipo complementario o de materias primas. El aparato de producción se agiganta en algunos de sus sectores, mientras en otros muestra una dimensión insuficiente. Todo ello viene, en último término, a manifestarse como una disminución en la fabricación de bienes de producción y, principalmente, de artículos de consumo (59).

En el campo internacional también se presenta desequilibrio de las inversiones. Si el problema se tratara de resolver, como se ha visto, mediante la subordinación de todos los países a una autoridad mundial, la dificultad subsistiría. Cuanto mayor sea el área que domine el plan central, la dirección de las inversiones se hará más difícil. Las valoraciones globales, que impiden el cálculo de los costes, imposibilitan la coordinación de las inversiones en los distintos países o zonas geográficas. Entre mayor sea el área dominada, tanto mayor serán los problemas

(59) Como se vió en el Capítulo II estas desproporciones no pueden darse con permanencia en el régimen de competencia, ya que momento a momento los precios indican la escasez relativa y llevan a los empresarios a producir los bienes que se necesitan y en las cantidades necesarias.

de coordinación que se deben resolver. Si una sola autoridad central dirigiera la estructuración y utilización del aparato de producción de todo el mundo, los errores de dirección aparecerían con mayor frecuencia, y sus efectos serían mayores. La inmensidad de los problemas con que se enfrentaría esa autoridad para adaptar los planes centrales a los datos de los distintos territorios, la haría necesitar de un aparato de coordinación con el que no cuenta.

Para llegar al equilibrio del sistema, la autoridad central debe distribuir sus inversiones de manera que se dirijan hacia las zonas de mayor productividad marginal.

¿Cómo hacer que el capital necesario llegue a los sitios donde sus funciones son de especial valor? Describo esto como un problema de valor porque ese movimiento de capital no debe ser mayor a la demanda potencial. Hoy día esos movimientos son controlados automáticamente; un flujo excesivo de capital de Europa hacia afuera hará subir el interés y disminuir las salidas. Será tarea del Estado socialista encontrar un criterio que brinde, en este respecto, una guía suficiente (60).

Y esa tarea no la podrá realizar el orden socialista, ya que carece de medios para efectuar un cálculo económico racional.

El sistema de precios de una economía de concurrencia puede brindar un apoyo a la comunidad socialista en que dicho régimen pudiera llegar a convertirse. Mas este báculo para transitar por el sendero del proceso económico es temporal, debido al cambio constante de los datos económicos y a la necesidad de adaptar el plan a esas modificaciones. De

(60) N. G. Pierson, "The Problem of value in the Socialist Community". *Collectivist Economic Planning*. p. 61.

no variar las circunstancias, con sólo continuar repitiendo las actuaciones de la economía de mercado y dejar fijos sus precios, podría el socialismo alcanzar una producción racional. Pero la realidad económica es de naturaleza cambiante, como se ha visto, y la inversión que no disfruta de la guía del mercado introduce cada vez mayor desequilibrio en el sistema. La ausencia del cálculo económico en la comunidad socialista es un fenómeno cuyas desfavorables consecuencias se agravan y acumulan conforme transcurre el tiempo.

Otros Rasgos de la Dirección Central

La inexistencia de cálculo económico impide hablar de producción racional en la comunidad socialista. En ella no se dispone de ningún medio para reconocer lo racional en el campo económico, de manera que la producción no podrá organizarse de acuerdo con el principio del mínimo esfuerzo para la consecución de los fines propuestos. En virtud de su fuerza la autoridad socialista se pronunciará en favor o en contra de cada medida, pero esa decisión no será motivada sino por vagas evaluaciones, y no podrá nunca fundarse en cálculos exactos de valor.

La insuficiencia de tal aparato económico no es una característica pasajera, sino que por el contrario, la falta de bienes complementarios en las inversiones, la deficiencia en la adaptación a las condiciones variables y la falta de incentivos llevarán, aun cuando no sea reconocible de inmediato, a una disminución acumulativa del nivel de productividad económica y con ello del abastecimiento.

La inexistencia de las evaluaciones y valoraciones de los costes rinde una ventaja: hace posible un fácil establecimiento del empleo pleno. Además la

economía centralizada permite introducir los cambios que convengan a sus fines políticos, sin necesidad de tomar en cuenta el cálculo de costes. Al conseguir un empleo pleno artificial y suprimir en parte los problemas del ciclo económico, la dirección socialista introduce una disminución en el abastecimiento al mercado. En lugar del desequilibrio que puede manifestarse en una economía de tráfico por las guerras, por la depresión y el paro masivo, surge un nuevo tipo de desequilibrio, ya que una disminución del abastecimiento implica un desajuste en la distribución de los recursos. "La miseria económica que la política de dirección central expulsa por una puerta, la vuelve a introducir de nuevo con otros ropajes" (61). Si en determinados órdenes de la economía de tráfico puede darse un desempleo involuntario (lo que no ocurriría en una economía competitiva pura) a pesar de quedar necesidades apremiantes por satisfacer en la economía socialista necesariamente se presenta el infra-abastecimiento: todas las fuerzas están ocupadas, pero el abastecimiento de la población no es el que podría ser, ya que los individuos no se coordinan correctamente entre sí, y la dirección no ordena racionalmente el proceso económico.

La comunidad socialista puede solucionar el problema del empleo pero no es el fin del aparato productivo hacer trabajar, sino satisfacer necesidades. La seguridad absoluta del empleo pleno la otorga por excelencia el sistema de la esclavitud. Pero el trabajo es para el hombre un simple medio, mientras el ocio es para él un bien. El desempleo voluntario es una muestra de adelanto en un régimen eco-

(61) Eucken, *fundamentos de Política Económica*. p. 165.

nómico, y se puede decir que su finalidad es el desempleo voluntario masivo.

El orden socialista es autoritario. En él se ordena y se obedece. Los planes individuales desaparecen ante la prepotencia del plan central, impuesto con toda la fuerza coercitiva de la maquinaria estatal. Todo en la comunidad socialista está sujeto a las disposiciones superiores. Cada individuo ocupa el lugar que le es asignado, y en él permanece mientras no se le cambie.

La economía de tráfico protege la cooperación pacífica. Ella no usa de la violencia para dar unidad al proceso económico. La coercitividad de su régimen jurídico no implica arbitrariedad. En el régimen socialista, por el contrario, al sustituirse los planes individuales por un plan total, el resultado es de permanente lucha, ya que quien disienta del plan central no tiene otro camino que el de las armas. El socialismo implica violencia, tanto para imponer el plan central como para impugnarlo.

La experiencia soviética y la alemana confirman la afirmación anterior.

El hecho de que el Estado ruso, a diferencia del Estado capitalista, esté en una situación de exigir que la enseñanza *y* la guía de la juventud se adapten a sus objetivos *y* a sus ideas estructurales, aumenta inconmesurablemente su capacidad para crear una atmósfera favorable a la disciplina de la fábrica. Los intelectuales no están evidentemente, en libertad de inmiscuirse en ello *y* no hay opinión indulgente para la infracción a esas normas. Finalmente la destitución que significa privación, los traslados que son sinónimos de deportación, las 'visitas' de las brigadas de choque *y* en ocasiones también de camaradas del Ejército Rojo, constituyen procedimientos que el gobierno puede emplear prácticamente a su voluntad —cualquiera que sea su constitución legal— para asegurar la prestación. No fal

tan motivos para emplearlos, y como se reconoce universalmente han sido empleados de una manera inflexible. Sanciones que ningún patrono capitalista pensaría siquiera en aplicar, aun cuando tuviera poder para ello, amenazan sombríamente las medidas sicotécnicas más suaves (62).

Como en la esclavitud, en el socialismo desaparecen los planes individuales de los trabajadores; como en la esclavitud, en el socialismo se logra la ocupación plena a costa de un infra-abastecimiento; como en la esclavitud, en el socialismo la base del régimen y del orden es la violencia y el terror. En todos los países hay gentes que se atemorizan cuando ven al descubierto la verdadera faz del socialismo, y sin embargo propician en forma fanática la idea de la planeación absoluta, es decir, la propiedad pública de los medios de producción y la dirección central del proceso económico: el socialismo con todas sus consecuencias.

(62) J. S. Schumpeter, op. cit. p. 293.

CAPITULO CUARTO

La Economía Intervencionista

El intervencionismo es la política económica que pretende resolver los problemas del sistema de mercado mediante una intervención cada vez mayor del Estado en la esfera de la producción y en la organización misma del mercado. Su objetivo no es la dirección central total, y por ello no persigue la socialización de todos los medios de producción; pero sí es su propósito dirigir la actividad económica mediante una planificación parcial del proceso económico.

El intervencionismo ejerce su influencia sobre el proceso económico al través de los mecanismos del mercado, desviando el cauce normal y destruyendo la fuerza coactiva del sistema de precios. Es preciso señalar este hecho para no confundir el intervencionismo con el socialismo. El primero difiere del segundo en que entorpece la economía de mercado, pero es una economía de mercado. El poder político pretende influir sobre el mercado mediante su poder coercitivo, pero no quiere eliminarlo por completo.

Es importante sin embargo tener presente que no todas las intervenciones estatales en el proceso productivo tienden a interferir con el sistema de mercado. En algunas ocasiones es conveniente cierta actividad estatal para impedir interferencias particulares

al proceso de concurrencia. Este tipo de actividad estatal, empero, no es lo que se denomina intervencionismo. En efecto, éste tiene como fin inmediato modificar la dirección de las libres fuerzas del mercado. A corto plazo pueden existir metas particulares de estabilidad y empleo que la política intervencionista puede lograr. Pero a largo plazo la única meta justificable es la máxima eficiencia, y el intervencionismo impide su consecución.

El control de precios, el de salarios, el racionamiento, son las armas favoritas del intervencionismo económico. Por su medio logra el Estado desviar las tendencias del mercado, para alcanzar los fines particulares que se ha propuesto el poder central. Las funciones de dirección que en el sistema de competencia llevan a cabo los precios, y al través de ellos los consumidores, son en parte asumidas, en el orden del intervencionismo, por las autoridades que decretan el control de precios o de salarios, o el racionamiento.

Los precios en una economía de concurrencia representan la escasez de los bienes, pero en una comunidad intervencionista esos precios no son el libre resultado de las fuerzas del mercado, sino que estarán influidos por las decisiones del Estado, y en consecuencia no tendrán el significado y la exactitud que en un régimen de competencia poseen. De aquí que el cálculo económico en una sociedad de economía intervencionista, si bien no será imposible como en el socialismo, carecerá de la eficacia y precisión que en la economía de competencia lo caracterizan. "El control de precios es, pues, un instrumento delicado, que es fácilmente mal empleado; y cuando es mal empleado frustra los objetivos de la planificación, haciendo disminuir en vez de aumentar la oferta de bienes esenciales, causando una dis-

tribución inapropiada de aquellos de que se disponga y por lo tanto desperdiándolos" (63).

La planificación parcial interfiere los ajustes que en la situación real efectuarían los empresarios y lleva, al restringir el producto y elevar los precios, a un uso menos racional del poder creador de la comunidad. Por ello, ante el fracaso de la dirección parcial, el intervencionismo tiende hacia la planificación total. Con el control estatal se distorsiona el sistema de precios, y cuando falla ese mecanismo aparece la tendencia hacia la dirección central.

No se pueden concebir precios y salarios a un nivel distinto del que normalmente determinaría el mercado, sin la intervención de una autoridad poderosa que dicte órdenes bajo la amenaza de castigos. Al fijarse los precios y salarios arbitrariamente conforme a las ideas de quienes pretenden mejorar el mundo, se desvían de las condiciones de mercado y se distorsiona el equilibrio de la vida económica. De esta manera se ven los intervencionistas forzados a exigir primero regulación de los precios, y, en seguida, dirección central de la producción y de la distribución. Esto nos conduce de lleno a una economía socialista, en la que sólo de nombre subsiste la propiedad privada, pero que en la realidad hace pasar a manos del Estado todo el control sobre los medios de producción.

La tendencia intrínseca que hacia el socialismo tiene el intervencionismo queda claramente mostrada con el siguiente ejemplo.

Si el gobierno desea que las madres pobres obtengan más leche para sus hijos, debe comprarla a los precios de mercado y venderla a un precio menor, absorbiendo la

(63) W. Arthur Lewis, *The Principles of Economic Planning*, (London: Dennis Dobson Ltd-George Alien & Unwin Ltd., 1954. p. 23.

pérdida, la que puede ser cubierta con el importe de los impuestos. Pero si el gobierno simplemente fija el precio de la leche a un nivel inferior al que prevalece en el mercado, la consecuencia será contraria a los fines propuestos, porque los productores marginales a fin de evitar las pérdidas consecuentes, se retirarán del negocio de la producción y venta de leche y dedicarán sus vacas a otros propósitos más lucrativos. En esas condiciones habrá menos leche disponible para los consumidores, que precisamente es el resultado opuesto a las intenciones del gobierno, cuya ingerencia se fundó en que la leche es un artículo de carácter vital. Evidentemente no estaba en el deseo del gobierno restringir su oferta.

En estas circunstancias el gobierno se ve ante una alternativa: o se abstiene de cualquier gestión para controlar los precios, o añade una segunda medida a la primera que tomó, esto es, fija el precio a los factores de la producción que se necesitan para obtener leche.

Entonces el proceso se repetirá en planos más remotos y el gobierno tendrá que fijar nuevamente los precios de los factores de la producción necesarios para obtener leche. De este modo el gobierno debe ir cada vez más lejos, fijando el precio de todos los factores de la producción, tanto humanos como materiales, y forzando a todos los empresarios y trabajadores a que continúen laborando a los precios y salarios decretados. Ninguna rama de la producción puede quedar fuera de esta fijación total de precios y salarios y de esta organización general para continuar la producción. Si algunos sectores quedaran libres, el resultado sería que tanto el capital como el trabajo se desviarían hacia esos sectores y que se reduciría la oferta de aquellos productos cuyos precios fijó el gobierno (64).

Así como el control de precios conduce a resultados opuestos a los propuestos por el Estado, el con

(64) Von Mises, *El Socialismo*. ps. 545-546.

trol y fijación de salarios tiene efectos desfavorables que las autoridades no toman en consideración al resolverse a aplicarlos. La fijación de salarios reales artificialmente elevados por encima del nivel que habría resultado del mercado libre de trabajo, puede originar desempleo de una gran parte de la masa potencial de obreros. Esto obliga al Estado a gastar en renglones en que antes no lo hacía, a fin de tratar de crear nuevos puestos. Para ello interviene cada vez más en los sectores productivos y requiriendo un mayor ingreso fiscal, va apropiándose de más y más propiedad antes privada. Así, la tendencia hacia el socialismo también se hace aquí patente.

El hecho de que el gobierno aumente su gasto no es suficiente para crear nuevos empleos en el número requerido. Si los fondos que necesita para hacer frente a las nuevas cargas los toma del sector privado, sea mediante nuevos impuestos o por empréstitos púnicos, mientras por un lado crea empleos por otro los hace desaparecer. Si los fondos los toma de los bancos aumentando el volumen de los créditos, se presentan entonces los fenómenos de la expansión del crédito y la tendencia inflacionaria. Ahora bien, la expansión crediticia que provocan los préstamos bancarios al Estado estará simultáneamente acompañada de una demanda mayor por parte de los obreros que perciben ahora salarios más elevados, y como los precios no pueden ser aumentados ya que deben haber sido fijados para que el alza de salarios no sea sólo nominal, se provoca el fenómeno de la inflación contenida (65). La demanda de bienes,

(65) Se denomina inflación contenida la situación que se presenta cuando a la tendencia al alza de los precios de un proceso inflacionario no se le permite expresarse. En tales condiciones la producción no aumenta y la demanda no es satisfecha, estableciéndose un sistema de racionamiento paralelo al de precios.

causada por el aumento de posibilidades de compra, no puede ser satisfecha a los precios fijados. A la vez el desempleo se ha tratado de solucionar mediante una mayor ingerencia del Estado en el proceso productivo, lo que en general provoca una menor eficiencia en el uso de los medios de producción. A causa de esas dos circunstancias la autoridad central se ve obligada a usar del racionamiento para distribuir los bienes de consumo; es decir, avanza progresivamente hacia la dirección centralizada en la distribución y en la producción.

Con la experiencia rusa entre otras ha quedado patente la imposibilidad de lograr los objetivos propuestos mediante la planificación parcial intervencionista.

En un principio los bienes agrícolas fueron divididos en tres clases, con un grado diferente de control estatal sobre su compra, en cada caso. La primera estaba compuesta por productos sujetos a requisición compulsoria, los segundos eran aquéllos cuya compra estaba monopolizada por el Estado pero que no eran requisados, la tercera clase se formaba por bienes no monopolizados, en libertad para ser vendidos o trocados con los órganos de Estado, las cooperativas o las personas privadas. La tendencia inevitable de los campesinos fue la de reducir su producción de los dos primeros grupos de bienes, y cuando era posible cambiarlos por los del tercer grupo. Para cortar esta tendencia el número de bienes sujetos al monopolio estatal se extendió continuamente, hasta que hacia el final de la guerra casi nada de importancia quedaba en el tercer grupo (66).

(66) Este racionamiento puede establecerlo el Estado, o manifestarse en los fenómenos de "colas", sean de aumento de tiempo en la satisfacción de las órdenes de compra.
M. Dobb, op cit., p. 107.

El intervencionismo ha sido la experiencia preponderante de nuestro siglo, y las grandes dificultades económicas de nuestra época no son el indicio de una crisis de la economía de concurrencia, sino de una crisis del intervencionismo y de las tendencias socializantes.

El ajuste óptimo puede no lograrse en un régimen de mercado debido a la existencia de elementos no competitivos en él ... Pero la mayoría de los monopolios en la industria y el come do derivan su nacimiento no de una tendencia inherente a la economía de competencia sino, generalmente, de la *política intervencionista* practicada por los gobiernos, que con medidas proteccionistas crean las condiciones favorables para su nacimiento y desarrollo.

No debe confundirse el intervencionismo estatal con la propiedad colectiva de algunos medios de producción. Si en una sociedad basada en la propiedad privada de los factores de producción algunos de ellos pertenecen al gobierno, los municipios o a otros entes públicos, y son dirigidos por ellos, no por esto se establece necesariamente un sistema mixto de socialismo y economía de tráfico. Si son unas pocas empresas las que se hallan controladas por el poder público, y actúan en un todo en iguales condiciones que los particulares, permitiéndoles a éstas actuar en los campos específicos de las empresas estatales, permanecen sin alteración las condiciones y características de la economía libre, de mercado. Lo mismo que las empresas privadas, las estatales habrán de ajustarse al mecanismo de la economía de tráfico en su calidad de compradoras de medios de producción y artículos intermedios, y como vendedoras de bienes y servicios. Así, estas empresas estarán sujetas a las leyes del mercado, y tendrán que luchar para obtener ganancias, o al menos, para evitar pérdidas.

En algunas oportunidades corresponde al Estado producir sin usar la guía del mecanismo del mercado, sin que esa actividad pueda decirse intervencionista.

... pueden bien existir sectores de producción en los que es necesario producir sin posibilidad de instaurar el mecanismo del mercado; estos sectores estarán necesariamente reservados a la acción colectiva y para ellos será imposible el cálculo económico, no pudiendo determinarse si los recursos han sido bien o mal aprovechados, por falta de los elementos técnicos necesarios al efecto: precios y riesgo.

Qué ramas de actividad compongan los sectores "públicos" no es determinable a priori, sino que depende de las finalidades perseguidas por los individuos en sus planes económicos individuales (67).

Finalmente debe decirse en relación con la actividad estatal en el campo de la economía, que si se busca la satisfacción óptima de necesidades, ella debe basarse en los planes económicos de los individuos. La satisfacción de esos planes determina la riqueza de la comunidad, y de ellos puede formar parte un renunciamiento a la eficiencia económica.

Dentro de estos planes individuales habrá un sector que el propio individuo se veda—un sector enajenado—y que transfiere a tercero, generalmente a poderes públicos. La satisfacción de estas necesidades "públicas" se hará en consecuencia conforme al plan económico del órgano destinatario de las conformidades individuales. Ahora bien, si los individuos de una sociedad poseen una estructura de necesidades totalmente enajenada (una orden religiosa

(67) Alberto Di Mare, *Regímenes de Gestión de los Seguros Sociales: Su significación y posibilidades*. Junio de 1962 (Impreso en duplicador) p. 14.

o una familia bien avenidas son los casos típicos) el cálculo económico se reduce en gran medida, porque no existe la necesidad de coordinar planes individuales ya que el único existente será el del abad o del paterfamilias. Esta sociedad—carente de cálculo económico—puede ser igualmente rica ("feliz") que otra en la que existan decisiones independientes; un día de gloria nacional puede producir a un individuo mayor placer que la posesión de una casa, un yacht y un automóvil (68).

Para concluir: el intervencionismo no puede subsistir, no posee permanencia. Al entorpecer el equilibrio del mercado pone los cimientos de la economía centralizada. Todas las soluciones intermedias entre el socialismo y la libre competencia son inestables. Son órdenes económicos que conllevan una tendencia a la transformación.

(68) *Ibidem.* p. 15.

CAPITULO QUINTO

Notas sobre algunas objeciones

Consideraciones generales

Es imposible realizar un análisis de todas las objeciones que a este ensayo se puedan plantear basadas en diferentes tipos funcionales de socialismo. El límite de tales críticas sólo dependería de los alcances de la imaginación humana. Pero si es incontemplable el ilimitado panorama de las diferentes maneras de estructurar una forma de socialismo práctico, sí está en nuestras posibilidades realizar un recorrido por los principales tipos de réplicas teóricas que se han hecho a la tesis de la imposibilidad del cálculo económico en régimen de dirección central.

Para realizar esta labor se deben dejar de lado todas las teorías que no ofrecen un cuerpo de doctrina digna de atención. Así, por ejemplo, la existencia de monopolios y la intervención estatal en un régimen de economía de tráfico, en forma alguna prueban la posibilidad de realizar el cálculo económico en el socialismo, pues como ya se ha apuntado, esas formas económicas, si bien pueden alterar el sistema de precios, no lo destruyen. Antes bien, se basan en las relaciones que los mercados establecen para llevar a cabo su actividad.

Tampoco deben merecer especial consideración

los ataques que se hagan basados en los supuestos de la teoría del valor. En efecto, es cierto como anota Durbin que la escasez de recursos y la jerarquización de preferencias por parte de los consumidores, se dan tanto en una economía de tráfico como en una de dirección central. De lo anterior se puede concluir, que la lógica de los precios y costos se debe aplicar tanto en un sistema como en el otro. Pero no se puede deducir que se aplique en uno y otro caso, ya que se debe tomar en cuenta el orden económico que condiciona el proceso, y distintos órdenes lo afectan en forma diferente. Como se ha demostrado, el orden socialista hace imposible que los recursos escasos y la jerarquización de necesidades determinen un medio de cálculo económico.

El mismo Durbin reconoce la importancia del cálculo monetario para obtener una producción racional (69), pero soluciona el problema en el régimen socialista, suponiendo que la determinación de precios en el mercado de consumo dará los costos.

En términos prácticos es obvio que los precios y costos pueden ser usados en el sector privado. Los consumidores pueden tener plena libertad para gastar su ingreso. Las directivas de las Corporaciones Públicas pueden ser instruidas para que lleven registros de los costos de producción y para que paguen por el trabajo, el capital y las materias primas, aproximadamente el valor, que muestra el mercado libre de consumo, de los bienes producidos por el insumo marginal de cada uno de esos factores. La suprema autoridad, para resolver el problema, no tendrá más que dar las órdenes necesarias para que la producción

(69) Véase "The Importance of Planning", *Problems of Economic Planning*, op. cit.

se ajuste al nivel que haga los precios *y* costos aproximadamente iguales (70).

Pero esa solución sólo será aplicable una vez que se conozcan los costos de los medios de producción, pues sólo entonces es posible producir una cantidad tal, conociendo los precios de los bienes de consumo, que pueda igualar costos marginales e ingresos marginales. Mas los costos no se conocen y ese es, precisamente, el problema. La existencia de un mercado de bienes de consumo no fija los precios de los factores. Para ello es necesario que exista un mercado libre de las fuerzas productivas, lo que no es conciliable con la economía socialista.

Inserción de Mecanismos de Mercado al Orden Socialista

La mutabilidad que caracteriza los datos del sistema económico hace necesario que los precios sean también variables. En efecto, si los precios deben reflejar las condiciones que se dan a cada momento en la realidad, y si ellas sufren cambios, los precios deben mudar en consonancia con aquellas variaciones. La economía socialista, por carecer de los mecanismos de mercado necesarios, no brinda los precios de todos los bienes. En consecuencia, es imposible para el planificador de un régimen de dirección central usar de métodos que, como el de programación lineal o el de las relaciones de insumo producto de Leontief, se basan en precios: de ellos no dispone el director de la economía socialista. Tampoco puede basarse en los precios de una antigua sociedad capitalista, ya que estarían totalmente desactualizados,

(70) Durbin, "The Problems of the Socialised Sector" *Problems of Economic Planning*, p. 83.

pues a más del cambio natural de los datos económicos, habrían sufrido el impacto de la modificación misma del sistema económico.

Las anteriores consideraciones han encaminado a los autores socialistas hacia distintas soluciones. Una de estas corrientes de pensamiento se dirigió a investigar la manera de obtener precios en régimen socialista para los artículos y factores. Para ello buscan insertar en la economía de dirección central algunos mecanismos del sistema de competencia, que hagan posible la existencia de un sistema de precios que refleje la escasez relativa de los bienes.

Estos mecanismos de mercado se pueden introducir o por un tiempo limitado para todas las mercaderías y sectores, o para determinados sectores por todo el tiempo. Otras dos posibilidades lógicas que caben son las de introducir mecanismos de economía de tráfico en algunos sectores durante cierto período, o hacerlo en todos los sectores por todo el tiempo. Pero estas últimas formas no se tomarán en consideración, pues a la primera se le pueden imputar todas las fallas comunes a las que luego se considerarán, y la segunda conlleva la desaparición del socialismo y su sustitución por la competencia, lo que solventaría el problema económico pero destruiría al mismo tiempo al régimen socialista.

Si se deja actuar al mercado en todos los sectores por un cierto período, durante él se darán precios fehacientes. Pero como consecuencia de la inherente variabilidad de los datos económicos, ya se ha visto que el sistema de precios requiere continuas modificaciones, y tan pronto como se vuelva a encadenar el mercado la guía económica volverá a desaparecer. Esta es una solución temporal. Sólo tiene efecto mientras desaparece el socialismo y actúa libremente el mercado.

En cuanto a la liberación de precios para deter-

minados sectores se debe recordar que todas las actividades del proceso económico están íntimamente correlacionadas, por lo que debe haber libre disposición para todas las mercaderías, si se quiere que opere el mecanismo de mercado. Si sólo se libera el sistema respecto a algunos sectores subsiste la falta del cálculo necesario para lograr la asignación óptima de los recursos en las industrias que no disfrutan de mercado libre, y entre éstas y las que gozan de precios fijados por el mercado. La interdependencia de todos los mercados hace indispensable dejar en libertad todos los precios para establecer, en el conjunto del proceso económico, las relaciones de escasez de todas las mercaderías. Además, debido a la variabilidad de los datos económicos, habría que dejar en libertad para siempre esos precios. Con ello desaparecería el socialismo.

La introducción de elementos de competencia en el esquema centralizado se puede realizar mediante intercambio de bienes y factores entre los diferentes grupos de empresas, para que por su medio se formen relaciones de cambio (precios). El modelo más conocido de este intento es el efectuado por Schumpeter (71), que de inmediato se describe.

Parte este economista de la diferencia que entre la producción y la distribución en el socialismo se establece. Al no depender la última de la primera, resulta de un acto político. Es la Suprema Autoridad la que decide la forma de distribuir los bienes producidos, lo que realiza de modo arbitrario. Supone Schumpeter que esa decisión se toma de acuerdo con un criterio igualitario, por lo que se entrega a cada persona un resguardo que representa su derecho a cierta cantidad de bienes de con-

(71) Schumpeter, óp. cit., parte III.

sumo. Equivale dicha cantidad al cociente del producto social disponible en el período en cuestión entre el número de pretendientes, y todos estos resguardos son nulos al término del período. Los camaradas tienen derecho a elegir lo que les plazca entre los bienes de consumo que el Ministerio quiere y puede producir. En consecuencia existe un mercado de bienes de consumo, en el que se fijan los precios de esos bienes.

El problema radica en la racionalización de la producción. Para ello se establecen una serie de Gerencias de Industria, que son coordinadas y dirigidas por una oficina central. . .

Supongamos que la oficina prescribe que las gerencias de la industria pueden tener cualquier cantidad de bienes y servicios de producción que decidan solicitar, con sujeción a tres condiciones: 1. Tienen que producir lo más económicamente posible; 2. Se les exige transferir a la oficina central, por cada unidad de bienes de producción o de servicios solicitados, un número determinado de los dólares de consumo que han adquirido mediante entregas anteriores de bienes de consumo, o, como también puede decirse, la oficina central se declara dispuesta a 'vender' a cualquier gerencia de industria cantidades ilimitadas de bienes de producción a los 'precios' establecidos; 3. Se exige a los gerentes solicitar y utilizar las cantidades que puedan utilizar (y no menos), siempre que produzcan de la manera más económica, sin tener que 'vender' ninguna parte de su producto por menos 'dólares' de los que tienen que transferir a la oficina central por las cantidades correspondientes de los medios de producción. En un lenguaje más técnico, esta condición significa que la producción debe alcanzar en todas las ramas, un volumen tal que los precios resulten iguales a los costos marginales ... En cierto sentido, estos 'precios' de los factores de producción a diferencia de los 'precios' de los bienes de consumo,

serían fijados unilateralmente por la oficina central. Sin embargo, también puede decirse que los gerentes de la industria despliegan una demanda claramente determinada de bienes de producción muy semejante a la que formulan los consumidores respecto a los bienes de consumo. Para completar nuestra prueba lo único que nos falta descubrir es una regla para esa actividad fijadora de precios de la oficina central que esté de conformidad con el criterio del máximo... La junta no tiene más que establecer un solo precio para cada especie y calidad de bienes de producción y que procurar que ese precio 'deje vacío el mercado', esto es, que no queden en sus manos cantidades de bienes de producción sin utilizar ni sean demandadas cantidades adicionales a esos 'precios'. Esta regla bastará normalmente para asegurar un cálculo racional del costo y , por lo tanto, una asignación económica racional de las fuerzas de producción... esto completa nuestra defensa de la racionalidad de la planificación socialista en un proceso estacionario de la vida económica en el que todo está previsto y se repite periódicamente y en la que no sucede nada que eche abajo el plan (72).

De inmediato introduce el autor los beneficios potenciales de la empresa, permite que los resguardos no utilizados en un período conserven su valor, y admite el trabajo y salario extra, como medidas para eliminar la estaticidad del modelo. Esas providencias indican los campos a los que debe ir la inversión, y ofrecen el ahorro necesario para soportarla. Las inversiones se realizarán de forma que la menos productiva de ellas rinda un beneficio igual al premio que tiene que pagarse por el uso del ahorro. Actuando así las inversiones se distribuirán automáticamente según las preferencias del consumidor.

(72) Schumpeter, óp. cit., ps. 240-1-2-3.

Hasta aquí el modelo de Schumpeter cumple, con las salvedades que adelante se verán, su finalidad de permitir una distribución conveniente de los factores. Pero la permite para un régimen de competencia, que funciona automáticamente con base en los planes de los consumidores y de las distintas empresas productoras y no con base en un único plan central. Este modelo no estudia el problema del cálculo económico en el socialismo, sino más bien investiga un caso en que, si bien se da la propiedad colectiva, no existe la dirección central del proceso económico: la producción colectiva de los bienes de producción es dirigida por un régimen de competencia. Así ocurre porque la propiedad colectiva de los bienes de producción que se asume, es una "propiedad" que no responde en absoluto al concepto que de ella se ha dado en relación con la definición de socialismo. Entonces se dijo que ese concepto correspondía a la posibilidad de dirección sobre el uso y destino de los bienes; aquí, en el modelo de Schumpeter, esa propiedad económica no es atributo de la colectividad ni de la autoridad central, sino que se halla en manos de los consumidores y de los directores de las empresas estatales.

Pero para lograr valoraciones ciertas de los bienes mediante esta inserción de mecanismos de mercado, que evita la dirección central en una sociedad en que existe "propiedad" colectiva de los medios de producción, es necesario que la competencia no se quede a medio camino. Únicamente si existe competencia no sólo entre las distintas industrias, sino también entre las distintas firmas de cada industria, se puede esperar una dirección exacta del proceso económico.

Aunque no esté íntimamente relacionado con este estudio, es conveniente apuntar los defectos de esta forma de competencia, que se diferencia de

aquella en la que las fuerzas productivas son propiedad jurídica de los particulares.

La utilización y dirección del equipo productivo de la comunidad implica la creación de una inmensa burocracia que toma el lugar de los empresarios privados y sus administradores. Esto en sí no acarrearía ningún elemento pernicioso, si no fuera que la burocratización implica control político de la industria, y con el control político se hace necesario llevar cuentas y más cuentas para cada acto, redoblar y multiplicar el papeleo, a fin de poder suministrar detalles hasta de la actividad más insignificante, al poder político.

La razón de la obvia diferencia entre la velocidad y la flexibilidad de los dos tipos de organización, no radica en que el servidor público sea necesariamente ineficiente, sino en que está sujeto a control político. Por ser responsable ante órganos políticos, por podersele exigir razón de sus actos ante la Asamblea Soberana, él debe conservar registros, debe observar los precedentes, debe conducirse de acuerdo con los procedimientos establecidos. Esto no es irracional. Sería inconcebible que un servidor público tuviera poderes de acción arbitraria. Pero conlleva que su velocidad y su iniciativa están, necesariamente, fuertemente restringidas (73).

Se puede apuntar, en segundo lugar, que la propiedad estatal de los medios de producción implica la desaparición de incentivos para progresar. Además de que se pierde el afán de lucro, la responsabilidad de los administradores de las industrias ya no se refleja en pérdidas personales, y tiene que verse sustituida por la posibilidad de otra clase de re-

(73) Robbins, *Economic Planning and International Order*, ps. 209-210.

presiones. Estas los llevarán a evitar todo riesgo, y harán reinar la inercia.

El estado es el que corre con todo el riesgo, sin poder siquiera reclamar una suma definida de dinero, como hace un banquero, ya que lo que tiene es un derecho de propiedad sobre todos los recursos.

En esta sociedad que sufrirá de cambios tan impredecibles como los de cualquier otra organización humana, toda la acción se basará en las expectativas de los empresarios, en sus previsiones, y éstas diferirán entre ellas. Para decidir a quién encargar una empresa se tendrán que tomar en cuenta las aptitudes individuales, la experiencia, y las promesas de beneficios. Estas decisiones realmente deben hacerse con base en una comparación entre las promesas de beneficios y la magnitud de su riesgo, ya que ningún plan posee plena seguridad de su completa realización. .. Esto se deberá hacer con base en los riesgos anteriormente corridos. ¿Pero cómo saber si esos riesgos eran justificados y si se habría actuado igual en un régimen de propiedad privada?

Es difícil juzgar el éxito o el fracaso. Podría apreciarse de acuerdo con la conservación del valor de los recursos encomendados, pero aun el mejor de los empresarios incurre en pérdidas: se manifestaría una clara tendencia a preferir el individuo que no se arriesga, y a la empresa segura en relación a la arriesgada.

Pero el riesgo y aun las empresas meramente especulativas no serán aquí menos importantes que en el capitalismo... ¿Pero cómo fijar el capital y la ganancia del especulador? ¿Cuánto tiempo se permitirá a un antiguo empresario exitoso continuar sufriendo pérdidas? Si la pena por las pérdidas es la entrega de la posición de empresario, la posibilidad de incurrir en ellas actuará como un obs-

tácito tan fuerte que dejará sin lugar las posibilidades de los mayores beneficios.

En el capitalismo la pérdida del capital también puede acarrear la del estatus de capitalista. Pero frente a este obstáculo está, siempre, el atractivo de la posible ganancia (74).

Finalmente la autoridad de los gerentes de las firmas no podrá ser tan amplia como para permitirles variar el destino de los bienes que les han sido entregados. En estas circunstancias, no podrían explotar siempre las empresas más productivas, con lo que desaparecería la óptima distribución de los recursos.

Volvamos al modelo de Schumpeter. El sistema de concurrencia con propiedad estatal de los medios de producción, que hasta el momento se ha analizado, se ve invalidado cuando el autor introduce en el mismo la decisión política como medio para determinar las inversiones. Entonces desaparece la concurrencia y vuelve a presentarse la dirección central del proceso económico. Con ello, la racionalidad desaparece también del esquema.

Dejar las inversiones a la discreción de la Administración Central es un paso lógico y necesario si se quiere tener un sistema socialista. Dándolo, la propiedad estatal se convierte en propiedad económica, en el sentido de poder de uso y dirección. Mas al mismo tiempo, como se ha visto al abordar el tema de la inversión en la economía centralizada, ello implica una planificación de la Autoridad Suprema, similar a la que se requeriría para administrar directamente cada empresa. Es el ente central el que debe decidir el capital que se destina a cada unidad

(74) Hayek, "Present State of the Debate", *Collectivist Economic Planning*, ps. 234-235.

industrial, su mejor tamaño, cuáles deben extenderse, cuáles cerrarse. Todas estas son decisiones sobre asignación de recursos que se realizan fuera de la esfera del mercado, ayunas del apoyo del cálculo económico.

Una administración independiente para cada empresa no soluciona el problema. Las decisiones de la dirección económica que se acaban de comentar, casi no se plantean en el seno de las distintas industrias; conciernen sobre todo a la cohesión, al acuerdo que debe establecerse entre el rendimiento de las distintas explotaciones para armonizar el conjunto de una economía nacional. Los asuntos que debe resolver la dirección económica sobrepasan los límites de cualquier empresa particular. Si a los empresarios se les dan los poderes para manejar la empresa y las inversiones son decididas por la Autoridad Central, ni unos ni otros podrán planificar, y será imposible atribuir responsabilidad por los errores.

La propiedad colectiva de los medios de producción lleva al Estado propietario a asumir la dirección del proceso económico, ya que le fuerza a decidir lo referente a las inversiones. Al disponer el Estado la forma de utilizar la fuerza de trabajo y los otros medios de producción en las nuevas inversiones, se aparta a los perceptores de ingresos de la dirección del proceso económico. "De la lógica de la cuestión se infiere, por lo tanto, que la propiedad colectiva con dirección central del proceso económico es incompatible con los órdenes de la economía de tráfico" (75).

Finalmente la idea socialista de un mercado y una competencia artificiales no es viable, ya que en el mercado de los bienes de producción entran en

(75) Eucken, *Fundamentos de Política Económica*, ps. 200-201.

juego otros elementos, además de los productores que compran y venden mercaderías. Al suprimir de ese mercado la acción de la oferta de capital de los capitalistas y de su demanda por parte de los empresarios, se destruye el mercado.

Los partidarios de esta proposición no ven, o no quieren ver, que el mercado y el establecimiento de los precios en el mercado son inseparables de una organización de la producción y del consumo, que se funda en la propiedad privada de los medios de producción, *y* en donde terratenientes, capitalistas y empresarios disponen del suelo y del capital a su manera. Lo que da nacimiento a la formación de los precios y a los salarios es el propósito de los empresarios y capitalistas de ganar las mayores sumas de dinero al satisfacer los deseos de los consumidores. No se puede concebir la actividad del mecanismo que constituye el mercado sin el afán de lucro por parte de los jefes de empresa (comprendidos ahí los accionistas), sin el deseo de rentas, intereses, salarios, según se trate de terratenientes, capitalistas, obreros. Lo único que guía la producción sobre estos cambios es la perspectiva de lucro, en donde ésta busca responder de la mejor manera *y* con los menores gastos a las necesidades de los consumidores. Si falta esta perspectiva de ganancia, el mecanismo de mercado se frena y se detiene. Y es que el mercado es el verdadero elemento central, el alma de la organización capitalista. Sólo es posible en este sistema *y* no puede ser imitado 'artificialmente' en la colectividad socialista (76).

(76) von Mises, *El Socialismo*. p. 131.

La Solución Matemática

Han trabajado ciertos economistas buscando establecer modelos matemáticos, que, aplicando el aparato por el que la teoría económica explica la formación de los precios en el sistema de competencia, permitan fijar, en una economía centralizada, precios de equilibrio para los distintos bienes. A esos precios se llegaría, sin necesidad de introducir mecanismos de mercado, por medios puramente matemáticos.

La exposición clásica de este intento es la contenida en el artículo de Enrico Barone "El Ministro de la producción en el Estado colectivista" que será la obra en la que se basará este análisis.

El profesor Barone inicia su ensayo expresando el sistema de competencia como un modelo matemático con base en las siguientes relaciones:

1. —Los precios de los artículos directamente consumidos son función de los precios de todos los demás artículos, para cada individuo de la comunidad, de acuerdo con su esquema de preferencias. De estas ecuaciones individuales se deducen las ecuaciones comunales, que expresan los precios de los artículos de consumo, y el ahorro, total. 2. —La suma de las cantidades de cada factor usada en la producción de los distintos bienes, es igual a la cantidad que de ese factor existe en la comunidad. 3. —El ahorro es igual al gasto en la fabricación de bienes de producción, sea al precio de los factores empleados para ese fin, por su cantidad. 4. —Los costos de producción son iguales al valor de los factores empleados. 5. — Finalmente, los costos de producción han de ser iguales al precio, para cada uno de los bienes.

En las relaciones señaladas en 2 y 4 están incluidos los coeficientes de producción, que señalan la cantidad de cada factor requerida para la elaboración de cada bien. Para que la condición 4 sea

la de mínimo costo se establecen una serie de ecuaciones que determinan las relaciones que han de guardar esos coeficientes de producción.

Con base en lo anterior se elabora un modelo que cumple con las condiciones de la economía competitiva, sean costo mínimo y precio igual al costo (77).

El paso siguiente consiste en aplicar esas relaciones de competencia a un régimen socialista. Para ello asume Barone las siguientes características de ese sistema: 1. —Se establece un sistema de equivalencias (precios) entre los distintos bienes. 2.—Con base en esas equivalencias los individuos cambian sus productos (trabajo) en las tiendas socializadas, por artículos de consumo, y se establecen asimismo razones de equivalencia entre los servicios de los distintos recursos socializados y los otros bienes. 3. —Los individuos reciben, por algún medio de distribución directa, los beneficios de los recursos socializados. 4. —Mediante una tasa apropiada de interés se promueve el ahorro necesario para la inversión que el Ministerio de la Producción se propone. 5. —Se permite el libre consumo.

Las relaciones necesarias para lograr el máximo beneficio en un régimen así configurado son la de costo mínimo y la de precio igual al costo. Por lo tanto: a) se establecen ecuaciones que igualen las equivalencias de cada bien con las de los factores empleados para su fabricación; b) se expresa la necesidad de que las cantidades de ahorro dedicadas a la fabricación de cada uno de los bienes de inver-

(77) Ver E. Barone, "The Ministry of Production in the Collectivist State" en *Collectivist Economic Planning*. La obra apareció en *Giornale degli Economisti*, 1908, intitulada "Il Ministro de la Produzione nello Stato Collettivista". La traducción literal al español es "El Ministro etc...", sin embargo en las traducciones inglesas aparece como "The Ministry etc.", sea "El Ministerio...".

sión, sean iguales al costo de los factores para ese fin usados; y finalmente c) se distribuye el ahorro, para lograr su óptimo aprovechamiento, de manera que el coeficiente del precio de cada uno de los bienes de inversión respecto a su costo, sea igual para todos los bienes, e igual a la tasa de interés.

Con base en las dos primeras relaciones del modelo de Barone para el régimen de competencia, y en las que se acaban de especificar para el sistema socialista, se establecen las equivalencias que pueden brindar equilibrio económico. Para ello se introducen las condiciones de mínimo coste y la de que no se pueda obtener ventaja sustituyendo un factor por otro en la producción. Aquí es donde nacen las dificultades lógicas para el sistema. En efecto; y como el mismo Barone lo reconoce, si se introducen al sistema condiciones para determinar los coeficientes de producción económicamente óptimos, queda el sistema indeterminado, y por lo tanto sin una solución inequívoca. Por ello es necesario basarse únicamente en los coeficientes de producción técnicos y, partiendo de ellos por el método de tanteo y error, encontrar los coeficientes de producción que permitan asignar los recursos de la manera económicamente más conveniente. Por lo tanto, el sistema de equilibrio para la economía socialista es insoluble a priori (78).

Antes de seguir adelante es conveniente insistir sobre la importancia de los coeficientes de producción, y la necesidad de fijarlos de acuerdo con principios económicos y no simplemente técnicos.

(78) No se pretende con las anteriores explicaciones dejar expuesto el modelo de Barone, simplemente se quiere establecer un marco de referencia para que a la hora de analizar los resultados de ese estudio, se tenga conciencia explícita de las bases sobre las cuales se construye.

Como a lo largo de todo el estudio se ha dicho, es de suma importancia para un sistema económico distribuir sus recursos escasos de manera que se haga el mejor uso de ellos, en forma tal que no se pueda obtener un resultado superior en la producción con una simple reasignación de factores. Para ello no son sólo las condiciones técnicas las que deben tomarse en cuenta. Si fuese uno sólo el factor de que se dispusiera para satisfacer diferentes fines, o si no existiese más que una necesidad a cuya realización pudiesen dedicarse recursos diversos, si sería la técnica la que diría la última palabra en cuanto a la forma de utilizar los medios para la consecución de sus propósitos. Mas en el campo de la economía se deben ponderar esos servicios de acuerdo con la productividad del medio y la importancia del fin. Esta es la labor que en el sistema de competencia llevan a cabo los precios al través del cálculo económico.

Pues bien, de acuerdo con el modelo de Barone deben distribuirse los factores tomando a priori en cuenta, únicamente los coeficientes técnicos de producción. Lógicamente ellos corresponden a las formas de producción más avanzadas. Pero esto no llevará siempre el sistema al mejor aprovechamiento de los recursos. Así por ejemplo, un sistema totalmente automático para producir y montar automóviles puede ser la forma más avanzada de producción. Pero bien puede ser que los costos de los factores dedicados a la construcción del mecanismo automático sean mayores que los costos de los factores que dicho equipo va a reemplazar. Si se producen los automóviles de acuerdo con los cánones de la más avanzada técnica la sociedad estaría incurriendo en una pérdida neta, ya que estaría dedicando a ese fin más recursos de los necesarios. Con ese exceso podría aumentar su producción en otros campos.

Es cierto que en la economía de competencia incurren los empresarios en pérdidas por no utilizar el equipo óptimo. Mas en dicho sistema esas pérdidas son mínimas debido a la eficaz guía del mecanismo de precios. De acuerdo con el modelo de Barone los coeficientes de producción se introducen en el conjunto de ecuaciones que se utilizan para determinar las equivalencias entre los distintos bienes. Esto hace que los precios que a la comunidad socialista brinda esta solución, se vean influidos por los coeficientes técnicos de producción que a priori se usan para asignar los recursos. De esta manera las relaciones de escasez que se buscan a fin de poder emplear métodos de cálculo económico, sufren un sesgo por la introducción en el sistema de coeficientes de producción que no tienen por qué ser los óptimos, económicamente.

Al igual que como ocurre para el modelo de Schumpeter, el de Barone sólo alcanza su objetivo cuando se concibe como un caso particular de la economía de tráfico (el de equilibrio general estático permanente). En efecto, el esquema baroniano sólo está determinado cuando se parte de una situación de equilibrio general, y no ocurren cambios en las relaciones económicas, por lo que se puede seguir produciendo óptimamente con los coeficientes técnicos de producción que ya se conocen. Para que fuese posible aumentar la producción sin variar su composición ni los coeficientes técnicos, y permanecer en el óptimo, sería necesario que los rendimientos de todos los factores fueran constantes (situación que no se da en la vida real). Sólo en ese caso estaría determinado el modelo de Barone para una situación de crecimiento, el cual debería ser proporcional en todos los sectores, sea sin variación en las estructuras económicas.

Lo anterior, con la excepción del crecimiento

del producto sin modificaciones en la composición del mismo, corresponde al concepto del Estado Estacionario. En tales circunstancias sale sobrando el "Ministro de la Producción".

Desde un punto de vista práctico es obvia la carencia de funcionalidad que el modelo conlleva. Si el propósito del sistema es lograr la máxima satisfacción, aun a los menores detalles debe prestarse atención, ya que muy a menudo son las pequeñas circunstancias las que deciden el éxito o fracaso de una empresa. No hay que considerar simplemente los precios de cada clase de bienes, sino que aun deben tomarse en cuenta los precios de algunos bienes dentro de su clase, ya que su valor varía de conformidad con el uso que de ellos se haya hecho y por ciertas características individuales, que como defectos de construcción, algunos puedan tener. Implica lo anterior que el sistema de ecuaciones para determinar los precios de los bienes ha de estar en el orden de los cientos de miles, si no en el de los millones.

La tarea de obtener las informaciones estadísticas necesarias es determinante para juzgar la aplicabilidad del sistema. Sería preciso para cuantificarlas ecuaciones obtener información exacta y total, de las cantidades de cada uno de los recursos que posee la comunidad, y de las distintas formas como pueden ser aplicados en la producción de cada uno de los bienes. Esta tarea estadística puede decirse que escapa a los límites de las posibilidades humanas.

Suponiendo que se poseen las informaciones necesarias, y que se conoce la totalidad del potencial técnico de la época, la labor de aplicar los métodos matemáticos a la resolución del sistema sería de una magnitud tal que aun con los adelantos de las técnicas actuales tomaría períodos realmente extensos de tiempo. Si a las anteriores afirmaciones agregamos la incesante variación de los datos económicos,

nos resulta clara la imposibilidad de utilizar el modelo de Barone. Sería indispensable, para ello, tener en forma continua los resultados de las investigaciones estadísticas que para cada momento deberían efectuarse, y aplicar dichos resultados a las distintas cuantificaciones del modelo que de momento a momento deberían llevarse a cabo.

Casi cualquier cambio de un precio hará necesarios cambios en cientos de otros precios, y la mayoría de estos cambios no serán proporcionales sino que estarán afectados por sus diferentes grados de elasticidad de demanda, por las posibilidades de sustitución y otros cambios en el método de producción. Imaginar que todos estos arreglos se pueden efectuar mediante órdenes sucesivas de la autoridad central, cuando la necesidad de ellas se haga notar, y que entonces cada precio se cambia y fija de modo de obtener cierto grado de equilibrio, es ciertamente una idea absurda (79).

Podría talvez argumentarse que el sistema de concurrencia con propiedad privada es aun más complicado (porque supone variabilidad de los coeficientes de producción)... y que sin embargo día a día se resuelve. Pero hay que tomar en cuenta que en ese caso no es necesario que una persona (o una organización) plantee y resuelva el sistema. Las interacciones individuales lo hacen automáticamente.

El modelo de Barone está realizado sobre un esquema que no corresponde al de la economía centralizada. Supone que los distintos perceptores de ingresos reciben una cantidad determinada de dinero de la administración central del que pueden disponer

(79) Hayek, *Present State of the Debate*, *Collectivist Economic Planning*, p. 214.

libremente, y que la determinación de las inversiones se hará con base en las preferencias de los consumidores, (lo que está implícito en la relación c) antes indicada). Con ello, el Estado abandonaría a los consumidores la dirección del proceso económico y dejaría de dirigirlo centralmente. La racionalidad del modelo de Barone es la racionalidad de la economía de tráfico, no la del régimen socialista.

El Sistema Socialista y la Economía Robinsoniana

Dada la racionalidad económica con que se desenvuelve el hombre completamente aislado, el Robinsón Crusoe, sin mercados ni mecanismos de cambio, es lógico preguntarse si de igual manera no puede funcionar una economía socialista. Numerosos han sido los autores que han dado una respuesta positiva a la anterior cuestión. Schumpeter afirma:

Es necesario, por tanto, preguntarse si en caso de que lancemos por la borda nuestros mercados, no lanzaremos también la racionalidad y la determinabilidad económica. La respuesta es obvia. En ausencia de mercados tendrá que haber una autoridad para hacer la evaluación, esto es, para determinar los índices de significación para todos los bienes de consumo. Siéndole dado un sistema de valores, dicha autoridad podría hacer esto de una manera perfectamente determinada, exactamente igual que puede hacerlo un Robinsón Crusoe. Y el resto del proceso de planificación podría, entonces, seguir su curso en condiciones muy semejantes a las de nuestro plan básico originario. Los resguardos, los precios y las unidades abstractas seguirían sirviendo para los fines de dirección y cálculo de costos, pero dejarían de guardar relación con las rentas disponibles y sus unidades. Todos los conceptos derivados de la lógica

general de la acción económica reaparecerían nuevamente (80).

En una economía robinsoniana o en una familia cerrada, puede el director valorar la utilidad que cada hora de trabajo y que cada trozo de tierra tienen para satisfacer las necesidades. Valora en forma continua los diferentes bienes y factores, y así puede llevar a cabo planes que coordinen las diferentes actividades de los individuos, y dirigir el proceso económico diario. La concurrencia de las distintas necesidades determina la forma de emplear las fuerzas de trabajo y los demás medios de producción. Cuántas horas de trabajo o cuáles recursos dedica el hombre a la pesca, a la confección de instrumentos, a la obtención de leña, etc., lo decide según el principio de los costos marginales. Por la pequeñez del medio en que se desenvuelve puede el director decidir racionalmente cómo emplear los recursos para satisfacer sus necesidades, recurriendo al valor de uso que para él tienen los bienes y a los conceptos de utilidad marginal y de sustitución o costo marginal. Para ello es esencial que le sea posible dirigir su economía, sin especiales dificultades, con arreglo a dichos principios; cosa que puede hacer ya que contempla constantemente la totalidad del pequeño cosmos económico, todo puesto a su servicio. Sabe en cualquier momento, de inmediato, la utilidad que le reportaría aplicar su trabajo, sus aperos de labranza, o un animal de tiro, a una producción distinta. Como puede actuar y actúa con arreglo al principio de los costes marginales, todos los medios de producción se utilizan armónicamente y la totalidad de su economía se encuentra en equilibrio.

(80) Schumpeter, op. cit. p. 251.

Robinson puede dar solución a su problema económico gracias a que no existe más que un esquema de necesidades y no hay cambio. En consecuencia se puede aplicar el valor de uso como base del cálculo económico. Cuando esas circunstancias no se dan y existe división del trabajo es preciso recurrir al valor de cambio (81).

En la economía socialista el problema de la dirección del proceso económico, que en el sistema Robinsoniano o familiar sólo aparece en una dimensión muy reducida, entra en un estado completamente nuevo. En las relaciones sencillas de la economía doméstica cerrada puede advertirse en todo su conjunto el camino que va desde el inicio del proceso productivo hasta su conclusión, y siempre es posible juzgar cuál procedimiento puede producir mayor número de bienes listos para el uso o el consumo. Esto ya no es factible, en la economía socialista, que por ser una con división amplia del trabajo es infinitamente más complicada. Será siempre evidente, sea cual sea el sistema económico, que mil fanegas de café (*ceteri paribus*) valen más que 500, y de la misma manera será siempre posible, decidir si se prefieren mil fanegas de café o mil toneladas de caña de azúcar. Para ello no es necesario ningún sistema de cálculo, basta la voluntad de la dirección socialista.

El verdadero problema para la Administración Central consiste en designar la forma en que los medios han de ponerse al servicio de los fines, y ésto no es soluble sin el concurso del cálculo económico. En un sistema con división del trabajo el cálculo económico debe basarse en el valor de cambio, ya que no le es posible al ente director conocer y valo-

(81) Ver Capítulo 1 "El Cálculo Económico".

rar directamente todos los bienes, recursos y procesos productivos. El valor de uso que a los bienes atribuye el planificador no es ya suficiente para llevar a cabo un proceso económico racional.

En la comunidad socialista cada individuo continúa actuando con arreglo al principio económico. Mas en ella se presenta un problema que en la Robinsoniana no requiere ser afrontado: la coordinación. Carece por lo tanto de sentido exigir que la autoridad central actúe como Robinsón. No puede hacerlo, ya que debe resolver un problema completamente nuevo, y al faltarle el instrumento adecuado para solucionarlo, no logra una superación satisfactoria de la escasez.

Aplicar el criterio de Robinsón a la dirección de la economía socialista es eliminar la utilidad del cambio y de la división del trabajo, y retroceder a la era de las primitivas tribus nómadas.

Absolutismo Socialista y Abolición de la Soberanía del Consumidor

La última corriente del pensamiento económico relacionada con la posibilidad del cálculo racional en la comunidad socialista que se analizará, tiene sus bases en el totalitarismo estatal, *y* pretende hallar la respuesta al problema del cálculo económico en la abolición de las influencias individuales sobre el plan central. Ante la imposibilidad lógica de resolver el problema mediante la inserción de mecanismos de mercado, o al través de una aplicación apriorística de las condiciones teóricas del equilibrio en competencia, es inmediato el acuerdo sobre la incompatibilidad de la libertad de consumo y la planificación central. Así las cosas, las concepciones ahora objeto de nuestro estudio, pretenden abolir el derecho indi-

vidual a la libre disposición del ingreso, a fin de hacer realizable la política socialista.

La concepción esbozada halla el camino para determinar los fines de la economía socialista. Pero ese no es más que el primer paso. La diferencia entre una asignación económica de recursos y una no económica es la misma que existe entre escasez y plenitud. Si se escogen arbitrariamente los fines, queda aun el problema de combinar los recursos para llegar a ellos.

Entre los autores que no vacilan en sacrificar la libertad de consumo para materializar la idea socialista, se encuentra Maurice Dobb.

Considera Dobb que escogidos los fines se soluciona el problema del cálculo económico, pues estima que cada una de las metas sólo puede ser alcanzada mediante un número limitado de formas de producción.

En lugar de un gran e indefinido número de fines *y* de medios limitados para distribuir entre ellos, con un gran e indefinido número de patrones elegibles, el problema esencial parece cambiar, ya que los fines prácticamente seleccionables están estrictamente limitados por los medios disponibles, y el número de combinaciones que pueden ser escogidas es más bien pequeño que grande (82).

En concordancia con lo anterior, fijadas las metas, se elabora un orden de prioridades para los distintos proyectos y siguiéndolo se distribuyen los recursos. Afirma el autor, que aun cuando usualmente es posible construir plantas de distintos niveles técnicos, en la mayoría de los casos el número de alternativas practicables es reducido y la elección no muy

(82) Dobb, óp. cit., p. 4.

dudosa una vez que se conoce el cuadro general de la situación económica.

Por la existencia de pocas combinaciones de recursos factibles en la práctica para cada producto, no se resuelve el problema de distribuir los factores. Bien puede ser el número de combinaciones de recursos pequeño respecto a cada uno de los bienes a producir, pero por ser grande la variedad de los artículos que debe producir cualquier sociedad actual, el número de posibles combinaciones crece en forma exorbitante, y la probabilidad de obtener entre ellas la óptima es mínima, si no se cuenta con el concurso del cálculo monetario.

La selección que se haga con el criterio de Dobb no podría tener más bases que las puramente técnicas, y como ya se ha dicho y con posterioridad se recalcará, ellas no son suficientes para resolver un problema económico.

Se puede clasificar en este mismo grupo de pensamiento, la posición del economista polaco Jan Drownowski, quien cree encontrar en una separación de las preferencias del Estado y de los individuos, la base para asignar en forma óptima los recursos.

Dice Drownowski, que no existe una curva de preferencia de la comunidad, o función del bienestar que indique la satisfacción que a la colectividad brinden distintas producciones del sistema económico, ya que no corresponde dicha curva a ninguna realidad. Es pues ilícito usarla como instrumento de análisis económico.

Lo que existen son funciones de preferencia para cada uno de los individuos y para el Estado. Esta última es expresión de los seres humanos que rigen la comunidad.

Cuando los individuos usan el camino directo para alcanzar sus fines económicos, realizan sus propias deci-

siones y actúan conforme a ellas. Esas decisiones revelan sus escalas de valores, y se pueden representar mediante funciones individuales de preferencia. Lo mismo es cierto para el Estado. Si él hace decisiones debe tener alguna escala de valores implícita, y ella puede en consecuencia ser representada por una función estatal de preferencia. Esta función emana, de una manera muy general, de los deseos de los individuos, pero está determinada por el Estado, y no es ningún total de las preferencias individuales (83).

Opina este autor que en función de ese doble sistema de valoraciones debe construirse la teoría económica de la sociedad socialista. Por ello es necesario analizar dos grupos de decisiones, las del Estado y las de los individuos. En relación con este estudio, se debe centrar la atención en su análisis de las decisiones estatales.

La función de preferencia del Estado puede ser considerada como un caso especial de la función general de bienestar, en el que la escala de valores corresponde al grupo que detenta el poder. Ella no está derivada éticamente, ni relacionada con la utilidad de los individuos, y se expresa mediante cantidades mensurables que se dan en el régimen económico. Finalmente, es observable y se revela en la actividad estatal. Es en consecuencia una función efectiva, no derivada de las curvas individuales de preferencia.

De acuerdo con los anteriores atributos, y relacionando la función estatal de preferencia con la curva comunal de producción, Drewnowski establece la forma de encontrar la producción óptima.

(83) Drewnowski, óp. cit., p. 344.

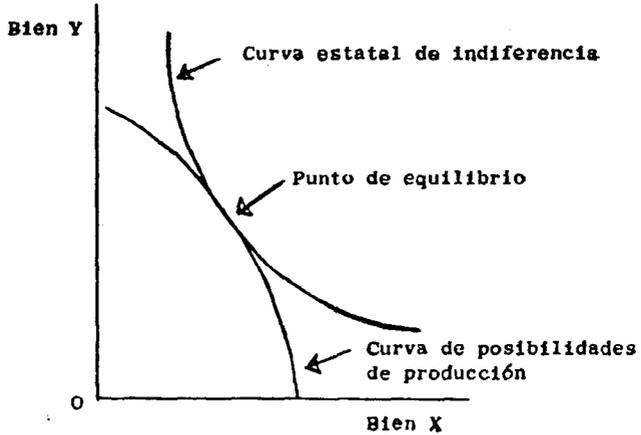
Un plan determina ex ante el equilibrio del sistema. Si éste es el caso, el punto de equilibrio debe estar en la curva de posibilidades de producción. La forma de esa curva, al menos en el margen en que la producción es practicable, se supone conocida. En consecuencia, si tenemos un punto en la línea de posibilidades de producción, tenemos también su tasa de transformación en ese punto y en su vecindad inmediata. Pero un plan coordinado y aprobado también implica metas que corresponden a lo que el Estado considera deseable. Por lo tanto, las coordenadas que representan las metas determinan un punto, no sólo en las curvas de posibilidades de producción, sino también en la curva que el Estado considera la mejor. En otras palabras, ese punto es uno de equilibrio determinado por las posibilidades de producción y las preferencias del Estado. Una curva estatal de indiferencia puede ser dibujada por ese punto (84). (Ver figura 1).

El párrafo anterior expresa el meollo de la teoría de Drewnowski, y él merecerá todo el análisis. Antes de efectuarlo se expondrán otros aspectos del estudio de que ahora se conoce.

Determinadas las metas por el Estado socialista, generalmente en términos físicos, se pueden de ellas deducir las tasas de sustitución que implican. Con base en esas tasas y en los precios que los consumidores fijan en su mercado, surgen dos sistemas de precios en la comunidad de economía centralizada, sistemas que corresponden a la zona de influencia estatal y a la zona de influencia individual. La zona estatal está constituida por aquellos sectores económicos en los que la escala de valores está formada por las preferencias del gobierno y en los cuales las preferencias de los consumidores no tienen lugar alguno.

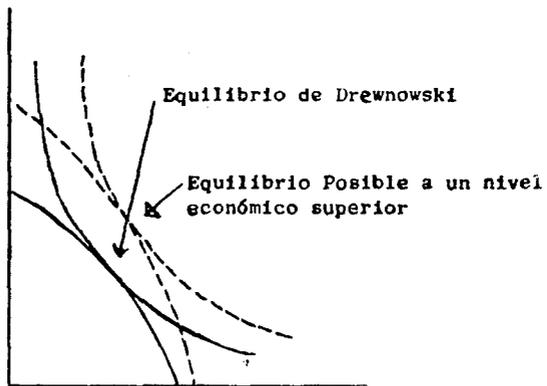
(84) *Ibid.*, p. 348.

FIGURA 1



Equilibrio de la producción estatal según el modelo de Drewnowski

FIGURA 2



Posibilidad de un óptimo superior al equilibrio de Drewnowski

Existe esta situación en las industrias de inversión, en las cuales los recursos, los equipos de capital y los productos son propiedad estatal. En cambio, en las ramas de consumo se presenta una doble influencia, estatal e individual.

Como resultado de la doble influencia de Estado y de los consumidores, la economía socialista tendrá dos juegos independientes de precios, uno proveniente de la función estatal de preferencia, y el otro de las funciones de preferencia de los consumidores. Ambos sistemas de precios son racionales y correctos en su manera de ser. Los precios estatales serán aplicados a todos los negocios entre empresas estatales y se usarán en la contabilidad nacional. Los precios de los consumidores se aplicarán en las ventas de las empresas estatales a los particulares. La coexistencia de estas dos series de precios es una característica de la economía socialista dirigida racionalmente (85).

La forma de establecer el equilibrio que para el sistema socialista nos presenta Drewnowski, ciertamente ofrece un punto óptimo dadas una curva de producción en especial, y cierta determinación de metas. Mas en forma alguna puede asegurar que en esa forma se alcance la óptima asignación de recursos, ya que pudiere ser que con los mismos recursos se pudiesen alcanzar fines de mayor utilidad, entendiendo por tales aquéllos en que sea posible aumentar cuantitativamente alguna o algunas de las partidas propuestas, manteniendo las restantes fijas. Puede caber esta posibilidad ya que el punto de equilibrio se determina con base en una curva de producción, para fijar la cual es necesario

(85) Ibid. p. 353.

haber de previo tomado en consideración una forma determinada de combinar los recursos.

La curva de posibilidades de producción lleva implícitos coeficientes de relación entre los factores, coeficientes que en el sistema económico determinan la forma de combinar las fuerzas productivas. Por ello, antes de determinar el equilibrio mediante la relación entre las curvas de producción y de indiferencia estatal, es necesario un cálculo para establecer los coeficientes de la curva de producción según las relaciones de costes de los recursos.

El punto de producción que se encuentre será distinto según las combinaciones de factores que previamente se hayan aceptado. Al no establecer, el modelo en estudio, un medio racional para determinar cuáles han de ser las relaciones entre los recursos que permitan una combinación óptima, no ofrece solución al problema que plantea la ausencia del cálculo económico en el sistema de dirección central.

Podría pretenderse que la determinación de las técnicas a las que deba amoldarse la curva de producción es un problema meramente técnico. Aunque tal afirmación ya fue criticada al comentar el modelo de Barone, se volverá sobre ella con el propósito de ampliar su análisis.

La sensibilidad de las reacciones al progreso técnico y la complejidad del problema económico serán grandemente subestimadas, si se asumiera que la elección de las técnicas de producción más convenientes no es más que un problema de pura técnica, de manera que el escogimiento del mejor método técnico de producción signifique la realización del proceso económico. Al escoger los mejores medios de producción el empresario necesita, además, la guía que ofrece el sistema de precios. La mejor organización de una empresa desde un punto de vista técnico,

no es necesariamente la mejor desde un punto de vista económico (86).

La renuncia al último equipo técnico para una empresa se justifica en consideración a las otras economías individuales. Mediante esta renuncia se dejan medios de producción para ser empleados en ramas de la producción donde puedan actuar con más eficacia, y se ocupan únicamente aquellos que no podrían ser usados con mayor provecho en ninguna otra parte. Tomar en cuenta consideraciones económicas a la par de las técnicas no significa tomar en cuenta beneficios privados a costa de los sociales; al contrario significa considerar simultáneamente, aunque en forma inconsciente, todas las ramas de la economía comunal.

Cuando los recursos son ilimitados, o cuando el fin que se persigue es único, la distribución de los recursos es un problema de ingeniería. Mas cuando no se dan esas circunstancias y son varios los recursos en sus clases y aplicaciones, se hace necesario, al emplear los factores, dejar el mayor número de ellos para ulteriores usos. La determinación de ese "mayor número" hace adquirir naturaleza económica al problema, ya que técnicamente es imposible decidir si son más los recursos que deja libres un método de producción que hace uso de mucho trabajo y poca tierra, o los que libera otro método que utiliza mucha tierra y deja sin emplear un gran número de trabajadores. Se hace necesario tomar en cuenta la relación entre los distintos recursos a fin de lograr su mejor aprovechamiento.

(86) George Halm, op. cit., ps. 144-145.

El criterio de un plan racional no es el de que los diferentes bienes deban ser producidos por los instrumentos más eficientes para producirlos, sino el de que los diferentes instrumentos deben ser empleados para producir aquellos bienes que tengan el mayor valor. Este no es un problema de técnica. Es un problema de computar costos, un problema de decidir qué será sacrificado en términos de valor, si la tierra se dedica a sembrar trigo en vez de producir espárragos o a dar sitio a una fábrica. Es un problema de valoración, de comparación entre productos físicamente diferentes. Preguntar a los ingenieros cómo distribuir factores, es una pregunta tonta. Sólo el cálculo económico, no en cantidades sino en valores, puede resolver el problema de la planificación. . . Este y sólo éste debe ser el criterio de un plan racional: no sólo emplear todos los factores en producir algo, sino también poner cada factor en el punto de máxima productividad (87).

La imposibilidad de determinar la forma de combinar los factores sólo con base en conocimientos técnicos, hace que una curva de transformación que indique las varias clases de producción posibles con una cantidad de factores dada sea parcialmente dependiente de consideraciones económicas. Si dicha curva se fija sin recurrir al cálculo de costes es posible que pueda obtenerse otra curva de producción tangente a una de indiferencia con un nivel superior de utilidad. La solución que encuentra Drewnowski, introduciendo un totalitarismo absoluto, *brinda un óptimo* de producción, *pero no el óptimo de la producción* (ver figura 2).

El punto de equilibrio del modelo en consideración sólo será el óptimo económicamente, si la

(87) Robbins, *Economic Planning and International Order*, ps. 196-204-205.

sociedad en que se aplica se halla, al igual que como vimos para el esquema baroniano, en equilibrio general estático-permanente. Sólo partiendo de tal caso particular y permaneciendo en él, la curva de posibilidades de producción que revela la experiencia será necesaria y permanentemente la mejor.

EPILOGO

Se cree haber demostrado la impotencia del régimen socialista para optar racionalmente por la forma de producción más conveniente.

Ciertamente dicha circunstancia resalta con mayor evidencia cuando se pretende efectuar una dirección económica que coordine los planes económicos individuales, y en cierto sentido los tome en cuenta para fijar sus objetivos. Pero también es imposible el cálculo económico cuando la determinación de las metas la realiza totalitariamente el Estado, sin tomar en consideración las preferencias de los ciudadanos.

Los múltiples intentos que se han realizado a fin de introducir mecanismos de racionalidad a la economía socialista o no han logrado su objetivo, o han transformado el sistema de dirección centralizada del que parten en uno de economía de tráfico. Tales los casos de los modelos que se han analizado.

La disminución en el ingreso nacional que, con relación al óptimo, acarrea la falta de un mecanismo racional de dirección, impide sustantivar los objetivos éticos del socialismo.

El sistema socialista persigue un aumento del bienestar de la comunidad mediante una distribución del ingreso generado por los medios de producción nacionalizados. Pero debe tomarse en cuenta que no todo ese ingreso puede ser objeto de reparto

entre los miembros de la comunidad, pues es necesario ahorrar los montos que para la inversión se requieren. Dicho ahorro es imprescindible, ya que de no llevarse a cabo la inversión adecuada las posibilidades de producción disminuyen y la comunidad incurre en una pérdida efectiva. Aun más, se debe tener en cuenta que la comunidad socialista tiene una fuerte tendencia a la inversión, lo que obligaría a aumentar el ahorro.

Pues bien, ese reparto de ingreso adicional para las clases de un menor nivel de riqueza, se ve contrarrestado por la disminución en la producción social que provoca la falta de cálculo. La ausencia de racionalidad económica hace del socialismo un sistema imposibilitado para alcanzar los fines que son su razón de ser.

El sistema socialista puede resolver el problema del paro, generalmente provocado por interferencias a la libre competencia. Pero no es lícito aceptar la solución de ese problema a un precio tan alto como la disminución del producto social. Sería menos perjudicial para la comunidad realizar una distribución directa de ingreso entre los desocupados, que ocuparlos disminuyendo la producción. Que el paro es intolerable se encuentra fuera de discusión, pero es ilógico buscar el equilibrio sólo en ese sector de la economía. Es más correcto y beneficioso tender a un equilibrio general mediante el cual, entre otros objetivos, se alcance también el empleo pleno. Pero por la carencia de cálculo económico el socialismo no puede tender al equilibrio general y por esa razón no es capaz de ir tras la ocupación plena como una de las metas del equilibrio total.

El comercio exterior también sufre las consecuencias de la falta de cálculo económico. Las comunidades socialistas pueden llegar a tener un sistema de cambio internacional que les ofrezca la se-

guridad de mantener equilibradas sus balanzas de pagos, pero su precio es la disminución del volumen de intercambio. La tarea de la política económica no consiste en establecer una igualación en la balanza de pagos, sino en establecerla al nivel de abastecimiento más alto. Para ello se requiere una selección racional de los bienes de importación y de exportación, lo que presume un cálculo económico satisfactorio. Este problema tampoco puede ser resuelto por las autoridades centrales.

La realización del socialismo exige otro tributo: una limitación en la variedad de artículos y calidades. La planificación central implica regulación, "tipificación" y "estandarización". Tomar en cuenta las numerosas y cambiantes necesidades de cada consumidor es una tarea que las autoridades rectoras del plan encuentran fuera de sus capacidades.

La disminución de la producción y la consiguiente disminución en la utilidad que a los individuos brinda el sistema económico, son consecuencia de la propiedad colectiva. Desde 1854 decía Gossen que solamente por virtud del establecimiento de la propiedad privada se encuentra la escala que permite determinar, de la manera más oportuna, la cantidad en que cada objeto debe producirse.

En el ensayo ruso para transformar el socialismo de un programa de partido a un hecho de la vida real, no han aparecido las consecuencias de la ausencia del cálculo económico en toda su magnitud, ya que las Repúblicas Socialistas Soviéticas y sus Satélites forman parte de un mundo en el que existe un sistema de precios. A consecuencia de ello, la irracionalidad económica intrínseca al socialismo no se ha manifestado en toda su desnudez. En las Repúblicas Socialistas los dueños del poder toman en cuenta los precios del mundo libre para formular sus decisiones.

El hecho de que en el siglo XX empeorase la distribución de los bienes en los países con dirección centralizada del proceso económico (aun exceptuando el caso de guerra), no es casual. No son responsables los errores aislados, sino lo defectuoso del sistema. Tres momentos son esenciales, como vimos. La creación de los planes es problemática, porque en ellos se muestra por lo regular una fuerte tendencia hacia las inversiones y un abandono del abastecimiento de bienes de consumo. Segundo: el método para alcanzar los objetivos fijados por el plan fracasa porque falta un sistema de dirección. Y tercero: las fuerzas espontáneas de los individuos no logran un completo desarrollo en el proceso económico (88).

Frente a la irracionalidad económica del sistema socialista se levanta la lógica indestructible de la economía de competencia. Es necesario hacer notar que la alternativa a la planificación central no es el capitalismo actual. El sistema que hoy vive el mundo libre, sofocado por intentos de planificación parcial y por multitud de restricciones está tan lejos de un sistema de libre competencia como de uno de planificación total. El liberalismo económico de nada difiere más que de las concepciones que en su nombre pretenden sustentar las oligarquías principalmente en Latinoamérica, para conservar sus posiciones y privilegios. El orden económico liberal es aquel en que no pueden existir situaciones de privilegio. "Estamos tan lejos del capitalismo en su forma pura como lo estamos de cualquier sistema de planificación central. El mundo actual es de caótico intervencionismo" (89).

La política liberal es una política de interés ge-

(88) Eucken, *Fundamentos de Política Económica*, p. 177.

(89) Hayek, *Nature and History of the Problem*, ps. 22-23.

neral que no pide al individuo un sacrificio de sus intereses particulares, sino que exige que se tome en consideración la necesidad de crear armonía entre todos los intereses individuales a fin de que se disuelvan en el todo del interés general. Sólo para lograr este fin y para impedir la formación de grupos de poder que puedan interferir el funcionamiento del mercado, para satisfacer las necesidades colectivas y para garantizar las libertades, es admisible la intervención estatal. Pero el problema de la concentración del poder económico, debido a la existencia de grupos no enteramente sujetos a las leyes del mercado, jamás podrá ser resuelto mediante una nueva y total concentración de poder que implica, además, la destrucción del mercado.

Sólo el sistema de economía de tráfico ofrece una solución a los problemas económicos y un aumento del bienestar general. La tendencia de la economía capitalista es el ascenso continuado de los salarios reales, como resultado de la acumulación progresiva de capital y el aumento de la productividad. El aumento del nivel de vida debe buscarse en el aumento de la producción, y nunca en la destrucción del aparato productivo. "No existe más camino que permita aumentar los salarios de todos aquellos que se hallen deseosos de trabajar que incrementando la proporción del capital invertido per capita" (90).

En la economía de competencia también pueden morir los hombres de inanición a causa de una plaga que destruya las cosechas, y puede disminuir la producción como consecuencia de un cataclismo natural. Pero en estas ocasiones las causas se encuentran en circunstancias externas a la coherencia mis-

(90) von Mises, *El Socialismo*. p. 543.

ma del sistema productivo. La economía de mercado ni alcanza siempre, ni vive siempre en equilibrio. Pero su tendencia es hacia él. El socialismo es intrínsecamente incapaz de tender al equilibrio. El juicio sobre el éxito de una organización no está en su capacidad de realizar el ideal, a menos de que dicha organización sea divina. El juicio sobre el éxito debe basarse en la capacidad de la organización para tender constantemente hacia el ideal.

El socialismo no es irrealizable porque exija hombres más nobles y más capaces. Su falla es inherente al sistema y radica en la carencia de medios de cálculo. Así "tenemos el espectáculo de un orden económico socialista navegando en el océano de las combinaciones económicas sin el compás del cálculo económico... Por ello en la comunidad socialista cada cambio económico se convierte en una empresa cuyo éxito no puede ser apreciado ni a priori ni a posteriori. Sólo hay tanteos en la oscuridad. El socialismo es la abolición de la economía racional" (91).

Podría afirmarse que una máquina construida según el principio del movimiento perpetuo sería mejor que una que funcionase de acuerdo con las leyes de la mecánica, pero que desgraciadamente una máquina de tal clase no podría existir. Si la concepción del sistema socialista encierra un error que le impide producir lo que debiera producir, es imposible compararlo con el sistema capitalista, del cual se han recibido pruebas convincentes. Por tanto no hay derecho a calificarlo de más noble, de más bello o de más justo (92).

(91) von Mises, *Economic Calculation in the Socialist Commonwealth*, p. 110.

(92) von Mises, *El Socialismo*. p. 529.

El socialismo sólo puede ser considerado superior a la economía de tráfico en la misma forma en que lo es una comunidad en que no exista la escasez. Pero ni lo uno ni lo otro pasan de ser un mito.

Ante la imposibilidad del cálculo económico resultan fútiles todos los panfletos, libros y discursos que se han escrito en apoyo a la causa del socialismo. Los éxitos electorales, las victorias de los partidos socialistas y la sangre derramada, no hacen más racional y viable el sistema.

BIBLIOGRAFIA ESPECIFICA

- BARONE, ENRICO: "The Ministry of Production in the Collectivist State". *Collectivist Economic Planning* (London: Routledge & Kegan Paul Ltd., 1956).
- BAUMOL, WILLIAM: *Welfare Economics and the Theory of the State* (London: Harvard University Press, 1952).
- DOBB, MAURICE: *Soviet Economic Development since 1917* (London: Routledge & Kegan Paul Ltd., 1960).
- DREWNOWSKI, JAN: "The Economic Theory of Socialism" *The Journal of Political Economy* LXIX (Chicago: The University of Chicago Press 1961).
- DURBIN, E. E. M.: *Problems of Economic Planning* (London: Routledge and Kegan Paul Ltd., 1960).
- EUCKEN, WALTER: *Cuestiones Fundamentales de la Economía Política*. (Madrid: Revista de Occidente, 1947).
Fundamentos de Política Económica. (Madrid: Ediciones Rialph S. A., 1956).
- HALM, GEORGE: "Further considerations on the Possibility of Adequate Calculation in a Socialist Community", *Collectivist Economic Planning* (London: Routledge & Kegan Paul Ltd., 1956).
- von HAYEK, FRIEDRICH A.: "Nature and History of the Problem" y "Present State of Debate", *Collectivist Economic Planning*. (London: Routledge and Kegan Paul Ltd., 1956).
- von MISES, LUDWIG: "Economic Calculation in the Socialist Commonwealth", *Collectivist Economic Planning*, (London: Routledge & Kegan Paul Ltd., 1956).
El Socialismo. (México: Editorial Hermes, 1961).

LEWIS, ARTFILIR: *The Principies of Economic Planning*. (London: Dennis Dobson Ltd. George Allen & Unwin Ltd., 1954).

MEADE, JAMES EDWARD: *Planning and the Price Mechanism*, (London: Allen & Unwin, 1953).

PIERSON, N. G.: "The Problems of Value in the Socialist Community". *Collectivist Economic Planning* (London: Routledge & Kegan Paul Ltd., 1956).

ROBBINS, LIONEL: *Economic Planning and International Order* (London: McMillan & Co., 1937).
Naturaleza y Significación de la Ciencia Económica (México: Fondo de Cultura Económica, 1951).

SCITOVSKY, TIBOR: "On the Principies of Consumers Sovereignty", *American Economic Review*, (Volumen LII, N° 2, 1960).

SCHUMPETER, J. A.: *Capitalismo, Socialismo y Democracia*. (Madrid: Aguilar S. A. de Ediciones, 1952).

INDICE

pág.

PRELIMINARES -----	1
--------------------	---

CAPITULOS

I CONCEPTOS INTRODUCTORIOS

El problema económico -----	5
Ordenes económicos -----	7
El cálculo económico -----	15
Proposición de la tesis -----	20

II LOS PRECIOS EN EL SISTEMA DE COMPETENCIA

Consumo y producción-----	23
Los precios como factor de racionalización-----	32
Algunas limitaciones al régimen de competencia -----	35

III CALCULO Y EFICIENCIA ECONOMICA EN EL REGIMEN SOCIALISTA

Determinación del consumo-----	39
La producción en la economía de dirección central----	46
El orden de dirección central con "propiedad" privada de los medios de producción-----	59
El socialismo y la economía internacional -----	61
La dinámica de la economía socialista -----	65
Otros Rasgos de la Dirección Central -----	70

IV LA ECONOMIA INTERVENCIONISTA

V NOTAS SOBRE ALGUNAS OBJECIONES

Consideraciones generales -----	85
Inserción de mecanismos de mercado al orden Socialista -----	87
La solución matemática -----	98
El sistema socialista y la economía robinsoniana-----	105
Absolutismo socialista y abolición de la soberanía del Consumidor -----	108

EPILOGO -----	119
---------------	-----

BIBLIOGRAFIA ESPECIFICA -----	127
-------------------------------	-----

Impreso por Trejos Hermanos
en San José, Costa Rica, 1963.

